

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Tres Gallinas

TRABAJO RECEPCIONAL. OBRA CREATIVA CON POÉTICA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

Pedro Aragón Apecechea

Director del Trabajo recepcional. Obra creativa con poética

Dr. Javier Díaz Perucho

Ciudad de México, junio de 2023.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PRIMERA SECCIÓN

Miradas entrelazadas.....	5
Cambios en la comunidad.....	14
Yo no hice nada.....	19
Arpa de las luces.....	26
El primer enfrentamiento.....	30
El color de los sueños y los seguidores.....	40
¿Juegas o trabajas?.....	46
Vengo de lejos.....	54
Mujer de la tienda.....	57

SEGUNDA SECCIÓN

Sujetado a este lugar

Lo que escuché.....	61
Ahora soy el árbol.....	61
Soy un pájaro.....	61
El carro.....	61
Soy un arco.....	62
Soy un foco.....	62
La banca del parque.....	62
Soy la ventana.....	62
Soy una flor.....	62
Soy un tenis.....	62

La tienda.....	63
El niño.....	63
Soy la parada del autobús.....	63
La guitarra.....	63
Martillo.....	63
Ahora soy el grafiti.....	64
Ahora soy el teléfono público.....	64
Carpintero.....	64
En la pulquería.....	64
Soy astrónomo.....	64
Soy el reloj.....	64
La imagen religiosa.....	65
El cuidador.....	65
TRES GALLINAS. POÉTICA	
Poética.....	66
BIBLIOGRAFÍA.....	78

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es en especial para:

Mi madre, Josefina Apecechea Benítez.

Mi padre, Joel Aragón Mendoza.

Para el profesor Juan Manuel Palacios Jaimes (IEMS).

Gerardo Fulgueira Ramírez.

Javier Díaz Perucho.

Ana Leonor Cuandón Alonzo.

Gustavo Humberto Lizarraga Maqueo.

Para toda la familia Aragón Apecechea.

MIRADAS ENTRELAZADAS

Ezequiel llega a la central camionera de la Ciudad de México. Carga una mochila negra adornada con rayas rojas, en su mano lleva una bolsa con dulces. Va en busca de la taquilla de la línea de autobuses que lo llevará a su destino. Decide tomar asiento en una banca. El reloj solitario, como si cuidara la taquilla, marca las 5 de la mañana. Ezequiel después de ver los números que marca el tiempo, se da cuenta. Está vacío el lugar.

Mientras tanto en la central camionera, poco a poco llega gente en busca de un transporte. Los que permanecen en el lugar llegaron aún más temprano que Ezequiel, algunos recargados en las bancas continúan dormidos, mantienen sus mochilas de viajero abrazadas en el regazo. Hay niños que juegan entre los asientos. Otros con algún dispositivo electrónico escuchan ritmos tropicales. A Ezequiel le molesta esa música, es muy moderna, él prefiere música de su tiempo, algo romántico o nortño.

Delante de él, se sienta una joven mujer que le da la espalda, se puede pensar que aún se encuentra en los veintitantos años, con su pequeña bebé. La nena se para en las piernas de su madre y queda frente a Ezequiel. La niña lo ve. Él no se entera de que es observado por unos ojos tiernos. Por fin la descubre, cuando la pequeña le quiere decir hola.

Ezequiel no le hace caso. El bebé hace otro intento de saludarlo, al percibir que no la observa, mantiene su vista. El hombre que tiene al frente parece una persona pueblerina. Su cuerpo es voluminoso, con su sombrero, una guayabera blanca, sin afeitarse. Se ve de mal humor.

Después de unos instantes, la mirada de la pequeña y la de él están frente a frente. Se oye una voz de mujer en las bocinas de la central. Anuncia la bienvenida a los turistas o simples viajeros. Y recuerda las líneas de camiones que se encuentran en esta central. Al terminar el anuncio, Ezequiel y la niña aún mantienen la mirada.

La mujer joven no se percata que su hija observa a Ezequiel. Sentado a sus espaldas. Ella permanece entretenida con su celular, manda mensajes o se distrae con algún juego. Ezequiel interrumpe la mirada entre los dos, voltea hacia la taquilla. Llega al lugar una joven muchacha al mostrador, uniformada de traje azul como la marca de presentación de los camiones en que labora. Al regresar su mirada, la pequeña aún lo ve.

Ezequiel finalmente hace conversación con el bebé, con una voz que apenas se puede escuchar.

—Hola, ¿también vas de viaje? Yo voy allá donde caminaron mis padres, y me cargaron como ahorita a ti, en medio del campo, imagínate sin nada de lo que hay en esta ciudad.

La madre sienta a la niña en sus piernas, ya no se pueden ver ella y Ezequiel. La joven madre se levanta para comprar sus boletos, Ezequiel va detrás de ella. Es la primera en comprar boletos esta mañana. Él no alcanza a escuchar el destino de la mujer. Ahora es su turno, pide un boleto para Toluca, su salida es dentro de treinta minutos, regresa a sentarse.

La muchacha delgada, de pelo y lacio largo hasta media espalda, no vuelve al lugar donde estaba sentada. Se pierde entre las largas filas de las bancas de la sala de espera. Ezequiel se queda en el mismo lugar. A nadie observa, su vista es hacia a un lado y hacia el otro. Como si buscara algo en cada parte del lugar. A través de las ventanas, se puede apreciar el cielo. Poco a poco se transforma en color azul amarillento. Un extraño tono. Un reflejo que manda el sol. El amanecer sucede mientras la gente de ciudad sale a trabajar o se despierta. Preocupados por si se les hizo tarde o recrean su itinerario del día.

Ezequiel espera la salida de su camión, mientras nota el cambio de colores en el cielo a través, de la pared de plástico opaco transparente. Siente el movimiento de las bancas donde se encuentra. No intenta voltear para saber quién se sentó a su lado. Se entretiene con todo lo que puede observar. La llegada de los empleados de las taquillas, las personas se acercan a ellas una tras otra y forman una fila. Observa a los que permanecen dormidos, gestos prolongados mientras dura su ensueño.

Mientras observa a su alrededor ocurren varios sucesos en la central camionera. Es la primera vez que Ezequiel está en un lugar como éste. Gente que va de un lado a otro. Personas que llegan solas o acompañadas, cargan sus maletas como si huyeran, decididas a cambiar de domicilio. Con lo poco que llevan en su equipaje, es más que suficiente para trasladarse a otra parte y empezar una nueva vida. Es un extraño y distinto ambiente, muy retirado del origen de Ezequiel. En este momento, después de mucho tiempo, ha decidido regresar a ese inicio.

Ezequiel salió de casa sin decir sobre su destino. Ezequiel aún niño, apenas conoció las primeras vocales del alfabeto. No se fijó en las carencias del pueblo donde empezó a

caminar, a jugar, a correr en el campo. Su más remoto recuerdo de infancia era querer saber qué hay más delante del campo y atrás de los lejanos cerros. La inquietud de niño no se quedó con la duda. En un amanecer, cuando su padre se fue a trabajar al campo, detrás de él con su suéter y un pedazo de pan, caminó, entre las anchas calles del pequeño pueblo. Sigue las pequeñas marcas que dejan los caminantes a través de los campos del cultivo. En cada casa que se encontraba pedía algo de comer. Nadie le negaba alguna pequeña porción de alimento. Recorrió muchos lugares, mientras se desarrolló físicamente hasta que llegó a la ciudad de México. En ese momento encontró las cosas extrañas que hay detrás de los cerros.

Es la razón por la que, en este momento se encuentra en la central, en espera del camión que lo llevará a su pueblo. No tiene la más remota idea de cómo es.

Ezequiel ve el reloj de la taquilla, se da cuenta que faltan quince minutos para su regreso. Voltea a su derecha y se encuentra a la misma mujer. Ahora, es él quien busca la mirada de la bebé, mientras la mujer se entretiene con un cordón que sostiene un celular. La madre se da cuenta que Ezequiel observa a su hija.

—Mira a tu hija, hace ratito ni me quitaba la mirada. Dichosa que se va de este lugar. Va a conocer nuevos lugares. Dice Ezequiel mientras manda una sonrisa.

Al terminar voltea al otro lado, como si no hubiera dicho nada. Espera a que pasen los minutos. La bebé aún se agarra de la ropa de su madre. Ve a Ezequiel, le sonríe como si fueran viejos conocidos.

A los pocos minutos Ezequiel voltea y al encontrar la mirada de la pequeña, le dice con una voz seca.

—Voy a regresar a mi pueblito. Pequeño como tú. Allá solamente hay puro campo. Imagínate, criatura, sólo hay campo. La casa de mi padre solita, a unos cuantos metros se encuentra la otra casa. Uno que otro perro. Mi madre desde la mañana tenía que salir y caminar a otro lugar para conseguir algo de comer. Aquí en la ciudad la encuentras a unas cuantas cuadras.

Ahora, la madre le sigue la plática.

—¿De dónde es usted?

—De un pueblito muy alejado, que aún forma parte del Estado de México. Pero es uno de esos perdidos hasta del mapa. Cuando llegué a la ciudad y después de tener dinero, lo

busqué en un mapa y me tardé mucho tiempo en encontrarlo. Todos mis amigos, los albañiles se reían de mí, por no saber de dónde soy.

—¿Y cómo lo encontró si no sabía?

—Por los lugares que medio recuerdo que pasé. Cuando llegué a la autopista que yo la llamé la súper, pregunté hacia dónde era la ciudad, me dijeron “vete todo derecho y saldrás a la ciudad”. Y así fue, eso que te platico ha de tener como cuarenta y cinco años más o menos. Es el tiempo que llevo viviendo en la ciudad. Y tengo que regresar, así como llegué me voy sin nada. Hoy me llevo tres mudas, unos pocos pesos. Al llegar tengo que reconocer a mis hermanos, si es que los encuentro. Si no los encuentro, pues me chingo y a ver a donde me quedo.

En los altavoces de la central mencionan la salida del camión número 76. La voz femenina que sale de las bocinas se dispersa en gran parte de la sala de espera. Algunas personas apenas pueden alcanzar a distinguir las palabras. Otras, pueden escuchar claramente.

Hay una puerta bajo las ventanas donde Ezequiel veía el cambio del cielo. Atrás se encuentra un autobús que espera ser abordado.

Ezequiel ve el reloj, marca 6:25 am. La mujer se levanta rápidamente. Él ve cómo se aleja de su lado sin decirle palabra alguna, sin decir adiós. La música tropical del muchacho aún se escucha. La persona que observaba aún permanece en su largo descanso. El hombre ve su boleto, la salida es a las 6:30 a.m. Por lo visto no escuchó que fue voceada su salida y él no se dio cuenta. Busca la puerta con el número uno, detrás hay varios camiones de un solo color, azul. El cielo se llena de tonos de un nuevo día.

Busca el camión con el número 76. Enfrente ve una fila, camina más adelante. No hace caso de las personas formadas. Sigue en la búsqueda del número. Cuando encuentra los dígitos, hay una fila que espera para abordar el camión. No se forma, va directamente al frente de todos. Con su boleto en mano lo enseña a la persona que los recibe. A un lado escucha una voz que le dice: —Estamos formados—. El encargado del camión le hace la señal de que se tiene que formar. Ezequiel sólo se hace a un lado para esperar. Es el último en abordar.

Ezequiel pidió su número de asiento sin importar el lugar. Le corresponde en la parte media del camión. Los pasajeros que están a su alrededor son parte de una familia.

En su regazo tiene la bolsa de dulces y una golosina en su mano. Suena el motor del camión. Desenvuelve el caramelo con mucho cuidado, como si fuera un niño. Cada parte de la envoltura es difícil de desdoblar, con sus toscos dedos tuerce el celofán para que el dulce quede libre de la cubierta. El ruido del motor va en ascenso, el cual lo transportará a un lejano y entrañable poblado.

En el asiento de enfrente, de nuevo se asoma la pequeña. Las mismas miradas se vuelvan a entrelazar. En esta parte alta, sobre los respaldos, mantienen la vista. La bebé alcanza a hacer una señal con sus manitas. Es jalada por su madre. Ezequiel no percibe que es observado por la familia que se encuentra a su alrededor.

El hombre que está sentado en el asiento de al lado tiene las mismas características de Ezequiel quien está en los cincuenta años. Su sombrero en el regazo. Muy parecido a Ezequiel. Físicos robustos y altos. La patilla y la barba cerrada, los mismos gestos. La mirada de mal humorado.

Al dejar atrás la Ciudad de México, la mirada de Ezequiel ve el paisaje. Los niños ven el paisaje, pelean por estar al lado de la ventana. Se ven pasar los lugares, las señales, cada indicación de algún destino. Ezequiel los ve con mucha atención. Hasta que ya no reconoce los nombres de las localidades. Pregunta a la mujer que está a su lado.

—Oiga, ¿ya se encontrará cerca el lugar que le dicen Tres Gallinas?

—Sí, ya falta poco es donde nosotros también vamos a bajar.

La mujer extrañada le pregunta —¿usted es de ese lugar?

—Sí, sí. Ahí nací... —Ezequiel intentó decir más pero sólo eso contestó.

—Ahorita que bajemos usted también se baja.

Un integrante de la familia se levanta del asiento para indicarle al chofer su destino. Y es así. A los pocos minutos los seis miembros de la familia bajan. La mujer con la bebé dormida también desciende del camión. Y se va, quizá tenga prisa. Desapareció en la autopista donde se encuentra la pequeña terminal. El autobús sigue su curso con la poca gente que se quedó.

La terminal es un pequeño cuarto a un costado de la autopista. Al fondo está la taquilla y el pequeño sanitario. Al lado de la base se encuentran un camión.

Ezequiel se acerca a una mujer madura que vende dulces, cigarros, entre otras cosas, él nota que también vende tortas. Un pequeño puesto improvisado.

—Oiga, ¿usted conoce el lugar que le dicen Tres gallinas?

La mujer lo observa inquieta. Cómo si le hubiera propuesto o dicho algo inconveniente.

—Váyase todo derecho por allá —le señala el camino donde se fue la mujer con la bebé.

Ese mismo lugar siguió, camina cinco minutos, observa dos casas que sostienen un arco donde dice: “Bienvenidos a Tres Gallinas”. Mientras lee las letras en el arco, la familia que venía en el autobús lo alcanza. Ezequiel siente una mirada a su lado. El hombre que tiene las mismas características que él, le pregunta:

—Usted, ¿quién es? —dice el hombre.

—Me llamo Ezequiel, nací en este pueblo. Soy hijo de Bertha y el nombre de mi padre fue Julián, si es que todavía viven.

—¿Y quiénes fueron tus hermanos?

—Mis hermanos... yo era muy pequeño, cuando me fui. Apenas recuerdo a mi hermana, mayor que yo. Se llama Rosalba. No sé si tengo más hermanos.

—¿Rosalba es tu hermana? —dice el hombre con asombro.

—Sí, sí. Así se llama. ¿Usted la conoce?

—Claro que sí, ¿No la reconoció?

—No, ¿cómo la voy a reconocer? No la he visto en años.

—Rosalba era la que iba sentada junto con usted en el camión.

—¿La que iba conmigo?

—Sí, ella es Rosalba. Ve, ya se adelantaron.

—Pero, ¿y tú quién eres?

No contesta su pregunta. El grupo de personas se adelantan. Se pierden entre las calles. Ezequiel camina con ánimos, cuando se da cuenta que su hermana viajó junto con él. La calle es de terracería. Más adelante, Ezequiel reconoce la casa de su niñez, con algunas mejoras de la fachada, menciona:

—Mira, si no me equivoco esa casa que tiene la lona, es la casa de mis padres.

—Que buena memoria tienes, efectivamente es ésta.

—Antes, la casa de frente no estaba. Mucho menos las de al lado. Tiraron el árbol que planté junto con mi padre. ¿Hay fiesta?

—Sí, se deshicieron de él, estaba a media calle.

Ezequiel no entra a la casa, prefiere estar fuera de ella. Desde el zaguán ve para adentro. Lo primero que ve en el patio son las sillas y mesas. Los cuartos que se ven desde afuera están solos y descuidados. Ve para todos lados, poco a poco reconoce el patio. Después, se asoma la mujer de un cuarto, la que iba sentada con él en el camión. Se ven. Hay dos hombres atrás de ella. Es la mujer quien toma la palabra:

—¿Eres Ezequiel?

—Sí. Vengo al pueblo, no sé cuánta vida me quede, si mucha o poca y quiero estar aquí, si es que ustedes me permiten quedar.

—Pero, dime ¿cómo sabemos que eres Ezequiel?

—Ya le dije al muchacho, soy hijo de Bertha y Julián. Le comenté que planté el árbol con mi padre. Ahí, exactamente, cuando me fui estaba más alto que yo, era un delgado tronco. En ese momento sólo éramos Rosalba y yo.

—Cuando te fuiste lloramos, te buscamos por el campo. Papá y mamá, dijeron: el día que regresaras, no ibas a ser bien recibido en esta casa, por tu partida. Mira Ezequiel, ellos dos son también mis hermanos, son más chicos, él es Juan y Antonio. Sin saber, los cuatro íbamos en el camión de regreso —dice Rosalba con voz de enojo.

—Discúlpame, fui un tonto en dejar a mis padres y a ti Rosalba. Ustedes tienen la última palabra yo sabré a qué lugar irme. Puedo trabajar de albañil u otra cosa, mientras consigo un cuarto —dice Ezequiel.

—Mira, en este momento no puedo contestarte. Mi cabeza está ocupada en la fiesta —dijo Rosalba. Se escucha música tropical en el patio. Desde dentro escucha que gritan a Rosalba. Ella retoma la conversación. —No sé qué digan ellos. Por mi parte, estoy muy molesta contigo. Me alegra que estés bien. Al terminar, vuelve para atender su llamado.

Juan el más chico, es quien hace pasar a Ezequiel a la casa. —No te preocupes hermano. Tú pásate, es la fiesta del nieto de Rosalba. Todavía no llega nadie, para la noche esto va a reventar de tanta gente.

Ezequiel ve a los tres cuartos vacíos con las paredes gastadas. En uno de ellos nació, Ahí dio sus primeros pasos. Al otro lado está la casa donde hoy habitan. En algún momento fue el patio. Enfrente de los viejos cuartos, se sienta en una silla. A su lado pasa la mujer con la bebé. Quienes estaban en la central camionera de la Ciudad de México. Él se sorprende

en verla. La mujer no se da cuenta que Ezequiel está en la casa. Al poco tiempo, sale de la cocina y se sienta frente a él. En ese momento, al lado de Ezequiel pasa Juan, y pregunta por ella.

—Oye, Juan ¿quién es ella?

—Ella también es hija de papá —contesta Juan, como si no le importara la persona.

Los dos la ven, mientras se sienta unas sillas más delante de ellos. Juan se va a otro lugar. La mujer gira la vista. Se da cuenta que Ezequiel está detrás de ella. Sonríen entre los dos.

—¿Me sigue? —dice la mujer mientras mantiene la sonrisa.

—No, es usted. Por cierto, ¿usted quién es? —dice Ezequiel.

La mujer hace un silencio para responder. —Soy una conocida de la familia. Vengo cada vez que tienen fiesta —responde mientras ve el suelo.

—¿Y usted quién es? —pregunta la mujer.

—Soy hijo de Julián, padre de Rosalba, me llamo Ezequiel.

Ambos se ven. Con la duda de ¿quién eres? No saben que decir. Recuerdan los momentos que estuvieron en la central camionera. Apenas se escucha la música.

—¿Y la bebé? —pregunta Ezequiel, al mismo tiempo voltea para todos los lados.

—Dormida en la cama —responde mientras señala uno de los cuartos.

—Es la primera vez que vengo. Después de cuarenta años o más. No tengo la menor idea de cómo me van a recibir. Y después, ¿a dónde iré? No lo sé.

Alrededor de ellos: sillas, tablones y adornos de fiesta. Muy diferente a esta mañana, en la central camionera en medio de gente desconocida.

Alguien chifla desde la calle. Deja cajas de vino y de cerveza. Las deja a un lado de la puerta. Ya entrada la tarde y cuando llegan más invitados. Las ponen en un cuarto y es un muchacho quien se dedica a servir. Todos conviven, ríen, bailan al son de la música. Ezequiel se encuentra en una mesa muy apartado de todos. Platica con personas desconocidas en el momento para él. Desde ahí observa a sus hermanos, la forma en la que beben cerveza; apenas terminan con una y abren la siguiente. Él dificultosamente lleva la mitad de una. Mientras se da a conocer con las personas, sigue con su mirada a su hermana, también a uno de sus hermanos. Lo alegres que se encuentran en esta ocasión. Se percata que dejan un envase en

un grupo de personas y otro en un distinto lugar. Y bien se acuerdan del lugar donde dejan su cerveza y así beberlo.

Cuando la fiesta está en su auge, Ezequiel se encuentra con su hermana a solas en la sala de la pequeña casa —¡Hermano! Ha, hermano. ¿Eres mi hermano? ¿Para qué regresas? Te hubieras quedado por allá. —Dice ... mientras bebe una cerveza y se sienta en un pequeño sillón. Y lo observa detenidamente cada parte de él.

—Quiero verlos. Vuelvo para estar con ustedes. Aquí en Tres Gallinas.

Interrumpe con señas de mano —No, no. Eres un hermano que se fue hace tiempo. ¡Eso! Lo debiste haber pensarlo desde antes. Antes que partieran nuestros padres.

—Trabajaba mucho y no tenía noticias de ustedes.

—También nosotros. Es mejor que te regreses. O busca un lugar. Allá en el próximo poblado. Quieren personas para cuidar sembradíos. Temprano puedes ir.

Ezequiel al salir, ve a la madre de la bebé, mantienen la mirada entre los dos.

—Puedo ayudarte Ezequiel. En el siguiente poblado está la casa de mi madre. Tus hermanos no te van a recibir.

Ezequiel con mirada pensativa. Acepta su ofrecimiento mientras mueve su cara, con un movimiento positivo. Los dos salen del lugar y la bebé no deja de ver a Ezequiel. Entre el camino poco a poco dejan de escuchar la música.

CAMBIOS EN LA COMUNIDAD

Al llegar, José desciende en la pequeña estación de camiones, se encuentra al lado de la autopista. El lugar es pequeño, dos filas de sillas viejas, una televisión polvosa. Al fondo se encuentra la taquilla. Un lugar solitario. Sin puestos o gente que ofrezca algún producto como fruta, agua fresca o botanas. Hay dos camiones a un lado de la parada.

José se sienta por un momento a un lado de la entrada. Como si esperara a alguien. Sólo para recordar de la última vez que estuvo en este lugar. Antes no se encontraba esta sala de espera. No la conservan limpia mucho menos presentable. A lo lejos, al lado de la autopista viene un hombre. José trata de identificarlo. Casualmente se sienta a su lado. A los pocos momentos:

José comenta:

—Oiga, don, imaginé que la estación se mantenía igual. Como hace diez años. Antes, tenía un techo improvisado, un baño y la taquilla dentro de una camioneta.

—Pues, hasta que se acordó el ayuntamiento de nosotros. ¿Usted es de por aquí?
—dijo el hombre extrañado.

—Vengo a visitar a mi novia. Me mandó fotos del lugar, no creí, de los cambios que realiza el ayuntamiento. Por ejemplo, la parada de los camiones está muy diferente. Oiga, por cierto, ya no recuerdo, por dónde tengo que ir para la calle gaviotas.

—Las calles ya no tienen el mismo nombre, ¿no te dijo?

—Pero, es el nombre de la calle.

—Con el tiempo se hace más grande la comunidad. Ofrecieron más terrenos: antes eran diez callecitas, hoy son más.

—La última vez, que la visité, tenía ese nombre. Más adelante le preguntaré a otra persona alguien la tiene que conocer.

—¿No tiene eso que utilizan los jóvenes para comunicarse? El hombre hace señas como si tuviera el teléfono en mano.

—¿Celular? Sí tengo. ¿Sabe una cosa? Mi visita es sorpresa, le dije a mi novia que hasta mañana iba a llegar.

El hombre en silencio se mantiene. Agarra su sombrero, hace unos movimientos para refrescar su cara. Los veloces coches pasan delante de ellos. Es un día caluroso con escaso aire. El cielo azul sin nubes.

—¿Muchacho, gustas pulque? Vamos, te invito —El hombre lo invita sin conocerlo. No espera respuesta negativa o positiva. Se paran y caminan juntos. A los primeros pasos inician las casas, Son pocas calles de terracería, otras, las más anchas, tienen pavimento. El hombre señala un arco hacia al otro lado.

—Mire joven, ese arco que ve allá, lo mandé a hacer. Es la calle principal, más adelante también pedí que construyeran un parquecito, para que vayan a distraerse.

—¿Usted es alguien cercano al ayuntamiento?

—Lo fui. Antes de retirarme del trabajo hice varios cambios a este lugar. Sólo fui el ayudante de la autoridad. Insistí mucho por esta zona, hasta que se aburrieron de mí.

Mientras se acercan a la casa donde venden pulques. José recuerda los lugares que caminó junto con su novia. Mientras busca la calle donde vive ella. Se da cuenta, las calles ya no son iguales. Entran a la pulquería, una voz de una mujer se escucha: “Ahí viene Don Sebastián”. Entran a la casa, al lado ingresan a un cuarto. Donde conviven varios hombres y algunas pocas mujeres. Se sientan, y sin pedir, le sirven a don Sebastián. José, no acepta, le insisten y no tiene otra opción de aceptar.

—Oiga, don Sebastián, nomás bebo este vaso y me voy.

—Como quieras. La calle que buscas se llama “Tres Gallinas”.

—Tal como el poblado.

—A la calle le nombraron “Tres Gallinas”. Por ser la principal. El pueblo, ahora es municipio.

—Ah, gracias por avisarme. Para ya no preguntar. Me tengo que ir. ¿Cuánto debo?

Sebastián hace una señal de negación. José, al salir del local, busca la calle principal. Se sorprende al ver las fachadas de casas con el mismo color, otras aún por terminar su construcción. Una casa funciona como escuela, los niños se encuentran alrededor de una mesa. Es un salón improvisado. El maestro es joven, apenas se escucha su voz desde afuera. Tiene clase con los pequeños. José sigue su camino. La calle es diferente, como la conoció por primera vez. Pregunta a una persona que pasa a su lado:

—Oiga, señor ¿la calle Tres Gallinas?

—Es toda ésta, desde el arco y unas cuadras más adelante. Hasta donde viven los Chacones, ¿Ve? Es la casa donde está la tienda.

—Gracias, está muy cambiado.

José está a un lado de la casa que busca. Oprime en botón del timbre. Desde afuera se ve el patio. Se sienta al pie de la puerta mientras espera. Después de tres intentos. Desde adentro escucha una voz de mujer —¿Quién es? —José, rápidamente identifica la voz de su novia Martha.

—Soy José.

Al abrir la puerta —pero ¿qué haces aquí? Responde al abrir la puerta

—Ya llegué, perdón.

—No que ibas a llegar, ¿hasta mañana?

—Ya te quería ver.

—Pues, pásale.

—Está muy cambiado todo —dice José animado.

—Sí, hasta parece que me cambié de lugar. Ve el reguero que tengo en casa.

—Sí, perdón. ¿Y tus padres?

—No están, llegan hasta la noche.

Se sientan en la sala para platicar, como acostumbran. Al anochecer, llegan los padres de Martha. Cuando se dan cuenta que José está en casa, lo saludan, sin decir comentario alguno. No es extraño que él joven esté con ella, bien lo conocen. Y se van a su recámara.

Martha le prepara un sillón para que se quede a dormir. Al siguiente día. Se despierta demasiado tarde. El café que le preparó Martha se enfrió. José se despierta y al ver el reloj, se da cuenta, que son las 10 de la mañana. De un brinco se levanta. Mientras Martha hace labores de cocina.

—Perdón Martha, por despertarme tan tarde, sabes que soy bien madrugador.

—No te preocupes, si quieres date un chapuzón. Mientras te preparo el café

José se da un baño caliente. Después toman el café. En la casa gobierna el silencio. Es José quien interrumpe.

—Oye, el patio es muy grande.

—Sí, mi padre alzó varios cuartos y los renta, pero son pocas personas que llegan a ocuparlos.

—Y, ¿cuántos son?

—Son cinco cuartos, con una sala junto con su cocina, un pequeño cuarto y su baño donde apenas quepo. Y aún así queda mucho patio.

—Tu padre pudo hacerlos más grandes. Uno sobre el otro. —Con señas con sus manos. Pone su mano sobre la otra sucesivamente.

—Eso le dijeron pero no quiso. En este momento hay un muchacho medio extraño. Todo el día está encerrado. Sólo sale a la calle, cuando tiene hambre. Comenta con cara de extrañeza. Oye por cierto, ¿cuándo te regresas?

—Hoy en la noche. Oye, ayer me mencionaron un arco. Lo quiero conocer de cerca. —Dice José.

—Sí, si quieres vamos. Está en la entrada principal del municipio. ¿Ya sabes que Tres Gallinas es municipio?

—Sí, un señor, de nombre Sebastián me comentó.

—Gracias a él, todo cambió —contesta alegremente.

Salen de la casa y se dirigen al arco. José se sorprende, de la gente que camina por el nuevo parque. Pasa una patrulla lentamente al lado de ellos.

—Mira, el parque está muy grande —dice, José al pasar junto a él mientras lo señala.

—Sí, lo acaban de poner, quedó bonito, ¿verdad?

—Sí. ¿Ya viste que hay mucho movimiento de patrullas? Oye, Martha. Te quiero decir algo.

—Ah, ¡ya sé! No te he conseguido la chamarra como la que quieres. No la he visto en las tiendas.

—No, yo te quiero decir otra cosa.

—¿Qué otra cosa es?

Se sientan en una banca.

José con tono ahogado:

—Pues ya sabes... ahora nos llevamos mucho mejor, lo que quiero decir es... si quieres ser mi esposa. Te digo, aquí, en este arco y el nuevo municipio, donde vives y donde vengo a pasear.

—¡José!, no lo esperaba tan pronto.

—¿Me aceptas? Digo, Martha.

—No sé, tendré que pensarlo.

Él la observa con ojos de angustia y se toman de la mano.

YO NO HICE NADA

La bicicleta sigue su camino. Como si quisiera alcanzar a su presa. El camino lleno de piedras grandes, medianas y otras mucho más pequeñas. Las delgadas llantas ruedan en la terracería, hacen que el conductor salte o se mueva con movimientos precipitados. La bicicleta 21 es roja. Un muchacho guarda el equilibrio para guiarla.

Tomás, llega a la estación de autobuses del pueblo. Se dirige a una casa donde alquilan tres cuartos amueblados. Se queda en uno de ellos. El muchacho agarra un vaso de agua para refrescarse. El patio de la casa es grande. Una malla metálica, sujeta por madera, separa un terreno de otro. Se puede ver el patio vecino.

Días aburridos, sin hacer gran cosa. Camina poco entre las calles del lugar. El poblado es pequeño. Es en el parque donde se distrae. No hay otro lugar para visitar. Para Tomás en esta localidad, no hay sitios alegres como está acostumbrado. Al lado del parque hay una calle, al fondo se pueden ver, lejanos, cerros. Hay casas en construcción. De atrás de esos cerros, proviene Tomás.

Qué interesante es vivir en un lugar donde se saluda entre vecinos. Buenas tardes o buenas noches, según el momento de la hora. Al caminar, ir a laborar, visitar el mercado y salir de él con productos que van a servir para el alimento. Sentir el aire fresco, los rayos del sol tienen un propósito fundamental, además de otras cosas, ayuda a prosperar el trabajo del campo, la productividad de los lugareños. Junto con la temporada de lluvias, favorece a las personas que tienen sus sembradíos. El ideal de los habitantes es ir a un sitio con tranquilidad.

Aquí se levantan temprano para hacer sus actividades. Antes que salgan los rayos del sol, van al campo a laborar, otros hasta la Ciudad de México, a unas cuantas horas de distancia. Los bramidos de los animales se escuchan en el inicio del día.

Tomás no conoce el nombre de este apartado sitio. En la central del norte de la ciudad de México, solicitó un boleto para Toluca. Antes de llegar a su destino, decide bajarse detrás de un grupo de personas sin conocer el pueblo.

Las pequeñas piedras son movidas por la rápida y delgada llanta de la bicicleta. Apenas sale el sol. El ruido de la cadena es lo único que se escucha en el camino. A lo lejos se ven casas. Pocas personas caminan en el trayecto de la bicicleta.

En esta mañana, Tomás se despierta por el sonido de su celular.

—Bueno, ¿quién es?

Le contesta una voz de mujer:

—¿A dónde te fuiste? Todos preguntan por ti. Tu madre está desesperada, desde que te desapareciste.

—Estoy bien, díles que no se preocupen por mí.

—Pero contéstame. ¿Dónde estás? —con una voz exigente.

—Estoy en el Estado de México, ni sé cómo se llama este lugar. Los gallineros o algo así. Le dije a Chucho que fui a dar un paseo.

—Hiciste algo, ¿verdad, cabrón?

—No, tengo la conciencia tranquila.

—A mí, ni madres que me engañas. Tomás, por favor, nos conocemos desde años, tú hiciste algo.

—Pues claro que nos conocemos. Hasta te conozco desvestida, aún teniendo novio. Te juro que no hice nada. Sólo quiero desaburrirme de la Ciudad de México, es sólo eso.

—Y a tu madre bien preocupada la dejaste. Vino a mi casa, preguntó por ti. ¿Qué ya son tres días que te fuiste?

—Sí, tres días. Y estoy bien tranquilo. Rento un cuarto, sin ruidos de ciudad.

—Claro, con lo que robaste estás pagando la renta.

—Que yo no hice nada. Son mis ahorros. Dile a mi madre que no se preocupe por mí, tengo poco dinero, pero me alcanza hasta mañana.

—Que te crea tu abuela, al rato le paso el chisme a tu madre que estás bien. Pobre de ella, ni tiene el número de tu celular.

Al colgar ve la hora en su celular: 8:00 a. m. No intenta levantarse de la cama, toma más tiempo de descanso. Busca las pocas estaciones de radio en su celular. Mejor escucha música programada en el aparato. Al llegar el medio día siente hambre, busca un lugar para comer y es hasta el siguiente poblado que lo haya. Al regreso, decide pasar la tarde en el parque.

Un hombre maduro sentado en una banca. Una patrulla recorre el parque. Tomás no les da importancia a los vehículos. A los pocos minutos vuelven dos patrullas, circulan despacio. Los vecinos desde sus ventanas se asoman. La vida del lugar sigue con su tranquilidad. Nadie se inquieta.

Tomás escucha música en el altavoz del celular. Mientras pasa otra patrulla de distinto color. Se detiene en la misma distancia donde está Tomás. Los patrulleros suenan las sirenas. Tomás voltea y los observa. No hace caso, en el celular busca la siguiente melodía. La patrulla y Tomás permanecen en el lugar, como si fueran conocidos. Uno escucha música y el otro habla por el radio receptor.

Como dos personas que se conocen y no se hablan. El joven ve el tamaño del parque. Mejor que fuera circular, pero no, es cuadrado. En cada lado con dos bancas largas. Los pasillos adoquinados unidas una con otra. Con varios juegos infantiles, en medio hay tres pequeñas mesas, con sus respectivas sillas, hechas de piedras. Sus árboles aún jóvenes, delgados, con el paso del aire se doblan.

Observan desde dentro del automóvil. Cada suceso, persona que camina, el conductor de automóvil que cruza a su lado, cada ventana que hay. Mantienen su vista en un muchacho sentado en el parque. Se escucha en el radio de la patrulla:

—¿Me escucha, patrulla treinta y cuatro?

—Sí.

—Recuerde, un joven que está en este lugar.

—Afirmativo, tenemos un sospechoso en el área del parque. Sólo esperamos la confirmación.

—Afirmativo. Recuerde, es un muchacho, con una bicicleta roja.

—Es un muchacho sin bicicleta... Espero.

Los patrulleros vigilan a Tomás. Un muchacho que visita por tres días un pueblo lejano. Un lugar donde las autoridades permiten la venta de más terrenos para casa habitación, sin dañar los campos de cultivo. Los muros de la iglesia apenas se levantan. Al término de la construcción cambiarán el santo de la localidad por otro, es lo que se rumora. Además, hay un terreno destinado para un proyecto a futuro. Todo se escucha en la tienda de los Chacones. Temen que sean apartados de su propio poblado. Es lo que el ayuntamiento tiene preparado para algunos pocos años.

La comunidad está preocupada. Habrá cambios en el Estado de México, nuevos proyectos. El gobernador visitará cada localidad, el ayuntamiento no sabe cuándo visitará su poblado.

La bicicleta recorre nuevos lugares, las llantas se deterioran. El conductor no le da importancia. Él no siente sus piernas por el agotamiento. Si fuera una competencia sería el primero, detrás de él seguiría un gran pelotón. Recorre su propia carrera, su propia marca. Sólo él sabe su límite, su resistencia, su propio destino.

Antes de llegar al poblado, observa varias camionetas negras. En la zona preparan medidas para una nueva construcción. Entre ellos se encuentra el gobernador del Estado de México.

Disminuye la velocidad, se detiene. Se preocupa al ver esas personas. Uno de los hombres ve al conductor de la bicicleta. Rápido habla por un radio receptor. Acelera para seguir su camino.

Tomás permanece en el parque. Los patrulleros se recargan en la patrulla. Sin quitarle la vista. Suena el celular de Tomás.

—Bueno.

—Soy yo otra vez —la misma voz de mujer.

—¿Qué pasó?

—Ya le avisé a tu madre. Me dijo que te va a madrear ahora que te vea.

—No te preocupes, Si sabe que estoy bien, se le quita su coraje. ¿Y, para eso me hablas?

—No, oye, la neta. ¿Cuánto te robaste?

Por un momento, Tomás se queda callado.

—Mira, te acuerdas de aquella vez, ¿cuándo fuimos al cine?

—Sí, esa vez robaste.

—Pues, tengo lo último de aquella vez, hasta mañana para gastar.

—No te creo, tiene como cinco meses eso.

—Sí. Ya tiene mucho. Me extraña que no sepas. Chucho y yo, no vamos por rebanadas. Ahora que regrese a la Ciudad de México, algo ha de tener preparado Chucho.

—Bueno, adiós. Me traes un recordito.

—Eso sí encuentro, aquí no hay nada. Adiós.

Tomás se levanta y se dirige a la tienda. Atrás de él, sin darse cuenta viene una bicicleta con gran velocidad. Con facilidad rebasa a Tomás, los patrulleros se meten a sus vehículos. Esperan instrucciones.

El conductor de la bicicleta desaparece en la calle. De la tienda y la casa de los cuartos de renta. A unas cuantas cuadras está la construcción de una iglesia.

Después de hacer compras. Decide ir a su cuarto. Frente a la puerta, descubre la bicicleta abandonada. Al mismo tiempo, sale una mujer de la casa de alquiler. En el pensamiento de Tomás: “Si estuviera en la Ciudad de México, ya la hubiera robado”. Continúa a un lado de la puerta, no le quita la mirada a la bicicleta. La calle vacía, la mujer que salió se aleja de él. Tiene todo para aceptar su deseo de hurtarla. Olvida las patrullas y el lugar dónde se encuentra. Camina hacia a ella. Mientras voltea para todos lados. Gana su impaciencia.

La toma, pedalea lentamente, observa que nadie nota su maldad. Tiene mucho y a la vez tiempo que no trepa una. Recuerda la primera vez que pudo controlar su equilibrio, con su padre, hacían carreritas. Tomás siempre gritaba de emoción de haber ganado a su padre. En la primera esquina al dar vuelta, siente que alguien monta la bicicleta. Con voz desesperada.

—Jálate, más fuerte. Ni se te ocurra detenerte. Si no, te lleva la chingada.

Tomás, lo reconoce.

—Pinche Chucho, ¿eres tú?

—¿Qué chingados haces aquí?

—¿Pinche Chucho, qué hiciste?

—Putra madre, ¡Tomás! Cállate, luego te explico... He matado.

—Te vienen siguiendo, ¿verdad?

Más adelante hay una casa donde venden pulque. Chucho, dice —vamos a ese lugar— Rápidamente detrás de la puerta esconden la bicicleta. Los comensales los ven sorprendidos, en la manera rápida de entrar, son unos desconocidos. En el poblado.

Toman asiento, no hablan entre los dos, actúan como si fueran dos niños que acaban de hacer una travesura. En sus miradas se nota su nerviosismo. Las personas que se encuentran los ven con extrañeza. Tomás pide algo de tomar, no es precisamente pulque, pide agua de sabor.

En la calle se escuchan las sirenas de patrullas. Voltean su vista a la puerta. Les llevan en jarras el agua. Tomás hace una señal que apenas tiene para pagar. Empiezan a susurrar sin servirse en sus vasos:

—Oye, Tomás es mejor que te vayas, ya. Asesiné a la amante del gobernador del Estado de México. Él se encuentra afueras del poblado, por eso hay patrullas. Están tomando medidas de algo que van a construir. Un tren va a pasar por aquí. Vete rápido antes que se den cuenta.

—No la chingues, no puedo dejarte solo, entre los dos podemos salir de este pueblo. Recuerda que nos debemos muchos favores. Vamos a ayudarnos.

—Lo sé, pero debes de regresar lo más pronto a la Ciudad de México. Yo ya sabré que hacer. Pero antes de que nos vean y descubran la bicicleta.

Al decir, entran al establecimiento dos hombres. En la parte del pecho tienen sus placas de judiciales. Tomás y Chucho, se quedan helados. Con el pie se hacen señas de tregua. Los judiciales dejan caer en la mesa sus placas. Piden aguas frescas. No dicen nada. Dirigen sus miradas de enojo como reconociendo el lugar. Su radio receptor en la mesa, en silencio, se escuchan interferencias. Se notan cansados y desesperados.

Están atentos a los movimientos y lo que se pueda escuchar en el radio receptor. Cada sonido y cada palabra. Sus oídos se agrandan para poder alcanzar y enterarse antes que nadie.

La mirada desesperada de Chucho hace que Tomás salga del local. En una calle solitaria hay una patrulla estacionada la cubre una camioneta. Una persona mayor de edad camina. Tomás no la alcanza a notar. Regresa a su cuarto. A dar vuelta en la esquina, se da cuenta que exactamente enfrente de ella está una patrulla.

Disminuye su paso. Pone sus audífonos. Al estar enfrente de la puerta el patrullero se acerca a él.

—Acompañeme a la patrulla joven.

—¿Para qué, Oficial? —responde con seguridad y sin miedo.

El oficial más alto que Tomás, con gafas negras. —¿Qué hace usted en este lugar?

—Vengo de paseo.

—¿A qué fue a la casa de la señora Ivonne? —Casi con un grito.

—Yo no fui a la casa de esa señora, ni la conozco —le contesta Tomás con enojo.

—No, muchacho, no me contestes así —al momento, de la patrulla sale el compañero del oficial.

—¿Cómo ves, no conoce a la Ivonne?

—No mientas, de ahí saliste.

En ese preciso momento se escucha en el altavoz de la patrulla.

—Todos estén atentos, nos han informado de un atentado, contra de la amiga del gobernador. Esperan instrucciones.

—Tienes dos opciones: di qué hiciste o quién fue.

En ese momento, con fuerza lo empujan para meterlo en la parte de atrás de la patrulla. Mientras Chucho pasa a un lado de ellos a pie sin prisa. Intenta ver quién está dentro de la patrulla, mientras los policías le gritan a su compañero.

Chucho escucha a Tomás:

—No hice nada, no sé quién fue.

Chucho, al tener enfrente el parque va a una banca. Ve cómo pasan las patrullas una tras otra, las sirenas aturden a todos los que pasan a sus lados. En el parque está un niño con su bicicleta, juega a carreras.

ARPA DE LAS LUCES

Do, re, fa, sol, la, si y la nota que olvidó. Nadie se da cuenta predomina la alegría. El intérprete es observado por sus compañeros, observan su mal desempeño. Lo importante, la comunidad baila un son y no perciben el error. Es pasado medio día. Grupos musicales aún vienen en camino. La señora Olga y su único hijo, son los encargados en recibirlos.

El entarimado retumba al ritmo del zapateado. En el transcurso del día llega más gente de diversos lugares de México. El ritmo que obtiene la tarima es armónico.

En las calles del poblado hay dos pistas de baile con entarimado. Tres pequeños escenarios para músicos con instrumentos no conocidos. Algunos de estos traídos de otros países o milenarios. Además nuevos instrumentos con los que crean experimentos musicales. Los asistentes buscan nuevas expresiones musicales, otras formas de interpretar la música tradicional y folklórica mexicana.

“¿Cuál de los dos escenarios es el principal?” Se preguntan los asistentes. Nadie puede decir. Hay bailadores y personas que solo escuchan ritmos que emanan la conjunción de todos los sonidos. Así como el que está en el parque o el otro, dos cuerdas más adelante.

Tonos provenientes de jóvenes soneros, jaraneros y demás ritmos de la Huasteca. Las notas musicales se fusionan. Los cuerpos de los presentes se mueven a la estructura de cada notación. El zapatear que se da a la madera resalta un característico y único sonido. Los danzantes simétricos. Un espectador con un buen oído musical percibe la comunión de la alegría de la fiesta que se forma.

Estoy de pie en la fachada de una vieja casa. Aún con material de construcción de adobe. Muy alejado. Y más cercano al campo seco. Desde aquí puedo ver cómo pasa la gente de un lugar a otro. A todos los que viven en el pueblo. Los he visto crecer, a otros no los vuelvo a ver nunca más. Alegres están, la música llegó donde siempre se escuchan gallinas. Hoy las gallinas han callado. Se confunden con el rumor de la música.

La alegría se encuentra en todo el poblado. Esta casa vieja es olvidada por los habitantes. Es la primera construcción en la zona. Y en ella estoy desde el principio. Desde esta loma observo a mi pueblo y demás lugares. Veo pasar el tiempo. Las personas que viven en esta casa ya son diferentes. Se entretienen en sus quehaceres diarios. Solitarios ayudándose uno del otro: “pásame el bastón”, “te ayudo a comer”, “nadie ha llegado para que nos ayude”.

Entre Tres Gallinas y los siguientes poblados hay mucho terreno. La carretera con ondulaciones entre el erial. Hay quienes dicen: “No se ve nada”. “¿Faltará mucho?” El poblado que van encaminados es el más pequeño del Estado de México apenas unas cuantas casas. En la separación de las últimas casas para llegar a Tres Gallinas, se recorre una hora en coche. Es como perderse y sentirse alejado de todo. Al final ven un arco con la leyenda: Tres Gallinas. En la autopista, hay una desviación. Con el transcurso del camino se convierte en terracería, y a unos cuantos metros antes de llegar es de concreto. Un solitario camino acompañado con árboles tristes, demasiados separados uno de otro. Este día es diferente a los demás.

Vehículos azules, rojos, negros, metálicos, raros. Con una persona, con dos, tres o más. Detienen su andar, con la primera persona que camina, se acerca para preguntar: “¿Dónde queda Tres Gallinas?” El caminante: hace una seña con su brazo, más adelante.

Un perro perdido camina entre el campo. Piedras una encima de la otra hacen pequeños montículos. La tierra estéril en el norte. En el sur es fértil. Entre estas zonas también vienen camiones foráneos. Después de mucho tiempo se levanta polvo por los neumáticos.

Al sentirse desviados por otro camino. Los visitantes empiezan a ver casas. Su aspecto cambia. Sin preguntar saben que llegaron. Las pocas casas dejan conocer el parque con la carpa. Al otro extremo se observa el techo de otro escenario. Solo es buscar un lugar para estacionar el carro. Utilizan los alrededores como un gran estacionamiento, sin problemas de espacio.

La vestimenta de los asistentes es colorida. Las familias entre puestos de comida y artesanías se entretienen. El transitar de las personas, la música, la alegría, el consumo y los visitantes. Hacen ver a Tres Gallinas desde donde estoy como un retrato. Como nunca antes. Es el segundo día de huapangos, décimas y ritmos experimentales.

Antes de llegar al poblado, un camión se descompone. Los pasajeros de ese lugar tuvieron que caminar entre la terracería para llegar. Más adelante va el requinto jarocho. Ya se cansó de caminar la guitarra. La gordura del contrabajo hace que todos lo vean mal. Se ha enojado y va maldiciendo al motor que los hizo andar por caminos desconocidos y desamparados. El pandero se burla de todos, su cuerpo permite avanzar sin mayor problema.

En el retrato, los instrumentos musicales uno tras otro. Cada quien toma su camino. Apurados, a lo lejos ven las carpas coches estacionados en los alrededores del poblado. Entre

las calles: perdidos mientras buscan su espacio. El cantante desorientado, pregunta por la señora Olga. El contrabajo con dos idas y vueltas para saber dónde está su lugar y encontrarse con sus compañeros. Quienes llegaron primero que él. El bajo quinto, en un puesto de comida para repararse del camino. La guitarra huapanguera y el violín se dan un gran abrazo de compañerismo, no se han visto desde el conservatorio de música.

Los organizadores no son del poblado. Están con la señora Olga y don Sebastián, y otras personas. En la casa donde rentan cuartos, dan pláticas de diversos temas relacionados con la música folclórica mexicana. En un lugar que no pertenece a los Huastecos.

Entre una plática, surge una duda de los organizadores.

—¿En este poblado que santo veneran? No se ve que tengan capilla.

Se quedan callados por algunos minutos, don Sebastián toma la palabra.

—Hay un santo. En una casa afueras del poblado. Algunas personas van para allá y platican con él.

—Desde que yo era niña el Santo está allí. Algunos dicen: que sí los escucha y otros no. Doña Olga replica

El organizador más viejo, dice:

—¿Tienen fecha para su conmemoración?

—No, nadie se ha preocupado por él. Los señores que viven en esa casa ya son muy mayores. Viven solitarios, su único hijo ya ni los vienen a ver —contesta Olga molesta.

—El señor fue seminarista, conoció a su esposa en España, de allá se la trajo. Al bulto también. No sabemos qué nombre tiene el santo. Lo tiene en la parte de arriba, en la puerta de su casa, exactamente. Desde cualquier parte se ve, esta allá en la loma —dice don Sebastián mientras señala hacia el norte.

—En distintos pueblos de México se celebra el santo patrono. Con su Iglesia incluso pobre y pequeña. Sus vecinos asisten a la misa —dice el organizador con una extrañeza, aquí no hay ambiente devoto.

El arpa, al pasar junto a un escenario pequeño, escucha tonos distintos. Un instrumento de viento. El aparato, a nivel de la boca del ejecutante, termina en el suelo. Al final con una abertura como si fuera de una trompeta, en ella se producen entonaciones mediante sonidos guturales. El arpa se mantiene atenta mientras percibe los distintos tonos

que produce. Al mismo tiempo que observa al músico, voltea y ve a una casa en lo alto de la loma.

Dos personas mayores producen el sonido de las chirimías acompañado con un tambor. Solitarios entre las calles.

Innegable, desde el norte los cuidan o los castigan. No se dan cuenta. En estos días han ido más allá. Música, baile, consumo, engaños y sobre todo: me olvidan, me desconocen y perturban la tranquilidad del pueblo.

Todos escuchan la música. Algunos al lado de la puerta de sus casas sentados. Otros, van directamente a los escenarios. Unos saben bailar, otros no. Todo aquel que escucha será castigado. “Todo aquel que baile será castigado”. “Tiene que pasar algo”. “Este lugar será dividido por algo”. “Vendrán personas para perturbarlos”.

Camiones cargados de hierro, personas vestidas de azul, pelearán con este pueblo. Innovarán, y yo agacharé la mirada. Mientras tanto alguien hace sonar unas campanas. Bombas en el cielo estallan. Es el atardecer, alguien se equivocó, los cuetes estaban programados para la noche.

Los organizadores desde las ventanas espantados ven luces en el firmamento.

ELPRIMER ENFRENTAMIENTO

1

Lo que es mandado por el gobierno no se detiene. La comunidad, organizada con palos y piedras, detuvo máquinas con vigas. Intentaron obstaculizar camiones de carga con material para construir nuevas obras. Este pequeño poblado, en algún momento no aparecía en los mapas del Estado de México. A partir de este momento en cualquier mapa podrá ser localizado. Personas lo podrán visitar o a través de una ventana lo conocerán mientras cruza la veloz máquina en la región.

—Por el bien de nuestro hogar, tenemos que reunirnos —voz de la autoridad local se escucha en las calles del poblado. Fueron engañados, prometieron un mercado, una escuela. Nunca llegaron los ofrecimientos.

A un kilómetro de distancia tienen una barricada. Hecha por lugareños, entre ellos Don Sebastián, tres hijos de los Sánchez, quienes son los más pobres del lugar. Además están atentos a los sucesos de su comunidad. Don Sebastián se queda en la noche a cuidar. Los muchachos desde su casa caminan hasta el lugar donde se encuentra Don Sebastián.

—Buenos días, don Sebastián, traemos café —dijo el mayor de los hermanos.

—Gracias, muchacho. En la madrugada no pasó ni un coche.

—Sí, en cualquier momento llegarán. Este es el único camino, no pueden pasar por otro lugar. Por los campos no pueden pasar camionetas.

Van a realizar una construcción que afectará varios cultivos. El primero en obstruir el camino fue Don Sebastián. Para que no puedan pasar automóviles. Deja un pequeño espacio para los pocos que entran. Los tres hermanos ayudan con traer herramienta y piedras para construir la barricada.

En un principio nadie creyó, en poco tiempo pasará un velocísimo tren parecido a los de Europa, como los que se ven en la tele. En la tienda, en el parque, en las calles, se comenta: “No puede ser, México no tiene dinero para una máquina como esa”. El noticiario de la noche lo confirma. Es el único canal de televisión que ven, porque los demás son aburridos. Un tren tan rápido que conectará a la Ciudad de México con Toluca, en sólo unos cuantos minutos tardará en llegar de un lugar a otro. Esta es la primera parte, después irá más al norte del país. Un ambicioso proyecto moderno.

Por la tarde, al recuperar el sueño, Don Sebastián recorre las calles, en voz alta congrega a las pocas personas que salen a su llamado.

—Don Sebastián no va a poder con el gobernador. Ni se preocupan por nuestra situación —dijo una señora de edad avanzada.

—Podemos organizarnos para ir a Toluca. Para detener la construcción o que la desvíen.

Una voz de un hombre, mientras carga a su pequeño hijo, dice:

—En realidad en el poblado somos pocos, y los que nos juntamos en las asambleas, siempre los mismos.

El comentario de ese hombre se queda muy grabado en la mente de Sebastián: “siempre los mismos”. Con los pocos que llegan a las juntas, se preparan para el encuentro con las constructoras.

Es tarde, con nubes negras. A lo lejos se ve como se alumbra el cielo con relámpagos. Es impresionante para los tres hermanos, mientras cruza un rayo velozmente el cielo y después de algunos segundos un gran estruendo. Notan la transformación del color de las nubes de gris a negro. Perciben el comienzo de la lluvia.

En cualquier instante, caerán las primeras gotas del cielo sobre los hermanos. El viento frío las traerá. A lo lejos se observa un paisaje gris, a la vez hermoso a la vez con temor. La lluvia es el primer enemigo. No saben qué hacer, si quedarse o irse, es el primer aguacero del año.

El mayor de los hermanos dice con coraje:

—Nosotros no pensamos en la lluvia ni don Sebastián. Nunca se nos ocurrió hacer un pequeño cuarto, para cubrirnos del sol —dice el hermano mediano con asombro de la lluvia que se encuentra encima de ellos.

Grandes gotas llegan a sus cuerpos, no tienen lugar para cubrirse. Sus chamarras, su calzado, quedan débiles en esta situación. El sonido de la lluvia es leve, otro relámpago suena con energía encima de ellos.

—Vámonos de aquí. La lluvia viene fuerte.

—No podemos irnos, Mauricio. Don Sebastián se va a enojar.

—No se tiene que enojar, ve cómo está el clima. Además, soy el mayor. Ustedes están a mi cuidado. No hay de otra, no tenemos dónde cubrirnos, vámonos.

Los hermanos no tienen alternativa. Entre charcos van y apenas notan los caminos marcados en el suelo. Tienen mucho tiempo sin correr entre la lluvia, el viento los empuja. Con sentimiento dejan la barricada, como si abandonaran su poblado. Observan las calles solitarias. Al cruzar el arco de la entrada principal.

Se cubren en el primer lugar que encuentran, aún mojados. Las gotas hacen sentir indefensos a los hermanos. Un pequeño techo apenas los cubre. No disminuye la fuerte lluvia, todo está en su contra. Recuerdan, como los tres jugaban en los charcos de cuando eran niños.

Les preocupa, van a quitar su parque. Desaparecerá la mitad de la comunidad, algunos no están preocupados. Siguen su vida normal. Mientras dura la lluvia, a un kilometro de distancia de ellos, empiezan a llegar varios hombres.

Una máquina desbloquea el camino. Detrás de ella, viene una camioneta. “Preparados para conquistar nuevos territorios”. Vestidos de azul y mojados. A unos cuantos metros de la comunidad se detienen.

Don Sebastián está reunido con varios vecinos, en un lugar que se llama “La playa azul”. Aguas de temporada, quesadillas, además de pulque. Es un ambiente familiar, todos esperan que termine la primera lluvia del año. Don Sebastián se asoma en la puerta, ve que se acerca lentamente una camioneta. Se inquieta, los que están a su lado lo escuchan decir:

—Pero ¿quiénes son, chingao? Y los muchachos ¿dónde están? ¿Por qué no avisan?

La lluvia parece ser aliada de los que llegan. Baján del camión cómo si fueran soldados, de la parte de arriba saltan para formarse. Todos se acercan a donde está don Sebastián. El señor de edad es el primero en enfrentarlos. Se olvida de llamar a los vecinos. Lanza un grito de enojo:

—¿Qué quieren aquí? No hay nada que les interese. ¡Váyanse!

Atrás de Sebastián están todos sus vecinos preparados, para su primer encuentro. Desde la camioneta sale una voz, por un megáfono:

—Regresen a casa. Nadie tiene que salir. Se va a hacer una construcción en su comunidad, traerá muchos beneficios.

El grito de Sebastián, como la autoridad local dice:

—A nadie de nosotros se nos consultó. No vamos a dejar que levanten construcciones en nuestras tierras. Grita Sebastián y se da cuenta de que todos están a su lado

con palos, tubos y piedras en mano. La agrupación de uniforme azul, van hacia atrás, temerosos, tienen enfrente a una comunidad inconforme. Vuelve a sonar la voz del megáfono:

—Repito, regresen a casa.

—Nadie tiene que ir a casa. Ustedes tienen que irse de nuestro lugar.

Del camión sale la voz del megáfono:

—Repito, tienen que regresar a casa.

Todos permanecen en el lugar. El pequeño ejército azul, antes de entrar al pueblo, deja sus instrumentos de trabajo. Todo indica que esperan una indicación para iniciar su labor. En el pueblo nadie imaginó que sucedería esto. Poco a poco se adhieren los que están de acuerdo con los dirigentes de la organización local.

En esta tarde lluviosa todo cambia, tienen enfrente un ejército azul. Quien cambia el transcurso de la vida normal de este pueblo. No se dan cuenta que viene otra camioneta con más elementos.

Se vuelve a escuchar la voz de don Sebastián, que grita al ver que se aproxima la excavadora: —“Pueblo, no teman, no permitamos su entrada”.

El joven Mauricio dice:

—Tenemos con que defendernos para que no entren. Encierren a las mujeres y a los niños. Sólo esperamos el momento para actuar.

Al llegar la camioneta, se empareja con su aliada, el ejército azul aumenta. Como si estuvieran en la escuela, hacen dos filas. Algunos tienen un protector, otros no lo tienen. Se acerca un hombre del grupo de los azules, a la congregación de la comunidad. Dejan que se aproxime. A unos cuantos metros, para iniciar la conversación, pide la palabra de la autoridad local, representada por Sebastián.

—Venimos con un solo propósito. Como ustedes ya se habrán enterado, vendrán nuevas oportunidades para ustedes, más trabajo, sobre todo cercano a sus hogares. Podrán ir a la Ciudad de México en sólo algunos instantes. También tendrán la oportunidad de ir a los estados del norte de la república. Es sólo para avisar de una nueva construcción ferroviaria, que va a cruzar por estos lugares.

—Nosotros vivimos muy tranquilos en nuestra comunidad y la queremos tal como es. No necesitamos ir a la Ciudad de México, ni a otro lugar. No expropiarán nuestras tierras. Así que le pedimos a usted y aquellos que por su voluntad, se vayan de aquí.

—Tenemos la orden de quedarnos y cuidar la llegada de la maquinaria.

—Nuestra respuesta es, no. Estamos convencidos de que aquí, no tiene que haber ni un cambio. La tierra es nuestra, aquí está nuestro trabajo.

—Si ustedes se oponen, van a tener problemas. En este preciso momento de Toluca, salen máquinas pesadas que traen vigas. Para el inicio de la construcción de la estación del nuevo tren. Sus casas no van a ser molestadas, hay mucho terreno que sirve para la nueva construcción.

El integrante del ejército azul se aleja.

Don Sebastián con voz enérgica dice:

—¿Pero, por qué en nuestras tierras? ¿No hay otro camino dónde pueda pasar esa máquina? ¿De qué vamos a vivir?

No recibe respuesta alguna. Comienzan a llegar excavadoras las cuales provocan que el ejército se meta a las camionetas. Enfrente de ellos se nota una gran desesperación. Una comunidad, a partir de este momento va a tener un nuevo suceso en su corta historia. Mientras la tarde cambia de tono. Los lugareños tienen nuevos pensamientos e interrogantes que antes no tenían. ¿Cómo será ese tren? Entre otras preguntas.

El silencio en las calles se mantiene. Permanecen los dos grupos en el mismo lugar. Llega la noche con tranquilidad. Más tarde, a lo lejos se ven luces que se acercan. Son varias máquinas una tras otra, sus luces iluminan el campo. Todos corren para detener el paso de los camiones pesados.

El grupo de Don Sebastián apenas puede lastimar a los aliados del bando azul. Hombres y mujeres se aventuran a defender sus tierras. La fuerza de sus proyectiles hechos por ellos, no ocasionan ningún daño a las máquinas que transportan vigas resistentes. Pese a todo avanzan. Las piedras rebotan con facilidad sin lastimar a nadie.

Los azules protegen a sus aliados, no utilizan ningún proyectil. Se cubren con protectores y palos. Se escuchan gritos por un lado y por el otro quienes buscan a sus conocidos. Algunas personas traen cuetes, de fiesta, hoy son utilizados como proyectiles.

Esta confrontación dura una hora. Algunos salen lastimados. Sostenidos por sus compañeros. En un momento son reprimidos por un gas lacrimógeno, el cual nunca habían experimentado. Con ojos irritados y la respiración agitada, corren para todos lados. El ejército azul, preparado para situaciones similares, está equipado con mascarillas grises para

permanecer. Los camiones pesados empiezan hacer maniobras, por un lado dejan vigas. Por otro lado acomodan máquinas y comienzan a trabajar.

Mientras tanto, en el patio de la casa donde rentan cuartos, empiezan a llegar hombres lastimados, son atendidos por el único doctor que reside en la comunidad. Algunos ayudan a los heridos y otros en hacer curaciones. Hay mucho movimiento en la casa. Los cuartos se han convertido en salas de hospital y el patio en una pequeña sala de espera.

No hay ambulancias. Los instrumentos de curación tardan en llegar de pueblos cercanos. Hay preocupación por los heridos. Nadie se da cuenta, entre ellos no aparece Don Sebastián.

En la madrugada, el cielo limpio como si no hubiera llovido por la tarde. Las estrellas lucientes, una noche con luna brillante. Cercan con malla reforzada los terrenos. Gente ajena a la comunidad es contratada para laborar en esta construcción. Nadie de la comunidad obtuvo la oportunidad de ser integrada en esta nueva fuente de trabajo. Parte del ejército azul se queda a cuidar la obra y otros se van, también fueron lastimados en la revuelta.

Un nuevo amanecer, las aves cantan con los rayos de sol. Los hombres que fueron golpeados apenas despiertan. Otros sin dormir por cuidar de sus propios vecinos.

Ven el campo con máquinas pesadas, que son movidas por nuevos trabajadores. Llegan varios hombres en camionetas, descienden y comienzan a montar casas de cartón y de lámina. En las que van a guardar sus herramientas de trabajo.

¿Quién pudo detenerlos? Los hombres no pueden detener una máquina manejada por un hombre. Una persona que es contratada por el tiempo que dura la construcción y después no tendrá trabajo.

2

La obra es amplísima. Apenas pueden concebir lo que la modernidad trajo para ellos. De nada sirve una estación de tren. Es el momento de la apertura, el recuerdo de la comunidad de su último levantamiento está reciente. Tiene poco tiempo de aquella noche fatal, apenas hace tres años.

Se comienza, con hombres y mujeres quienes se mantienen agrupados desde un día anterior. En la entrada principal de la nueva estación del tren. Con piedras, maderas, pintura chorreada por todos lados. Otros miembros congregados, listos para una eventual ofensiva,

con materiales comunes para realizar artefactos como proyectiles hechos manualmente. Habrá una señal para atacar. El arco representativo se encuentra destruido por el disturbio pasado.

Oficiales cuidan las nuevas instalaciones a puerta cerrada, previenen nuevas revueltas. El joven Mauricio en esta ocasión es el líder. En la entrada de la estación tiene un cartel largo con letras grandes: “Queremos a Don Sebastián de regreso”.

Con la llegada del tren, las actividades del poblado Tres Gallinas, cambian en cada momento. Hay personas que van a la única tienda de la comunidad. Gente que nunca habían visto. El mercado tuvo pocas mejoras: pintura nueva y al mismo tiempo fue reforzado. Este reconstruido mercado, con nuevos vendedores y puestos más amplios, beneficia a los lugareños que tienen la oportunidad de adquirir un local, para trabajar en él. Con esta ayuda, se da oportunidad para mejorar y propiciar un progreso económico y personal. Aunque hay muchos que no cuentan con el suficiente dinero para comprar un espacio propio.

El propósito final de esta estación es unir dos ayuntamientos Metepec y Lerma. La estación ya concluida con trenes circulando es obstruida por gente inconforme con la obra. Entre ellos se escucha el comentario: se parece a los trenes de las películas de ciencia ficción, que transmiten en la televisión.

La marcha del tren es silenciosa. Los lugareños no pueden alcanzar a ver la cantidad de pasajeros que transporta. Es en la Ciudad de México su terminal. Su recorrido es para el norte del país. Es una novedad para el resto de México. Mientras algunos jóvenes de la comunidad no alcanzan a tener una mejor preparación escolar, no tienen un futuro seguro ni prometedor ni mucho menos aspiran a tener un hogar propio o un trabajo permanente.

Para el ayuntamiento local. Lo principal es tener una comunidad pequeña al lado de la estación. Para sostener a nuevos ayuntamientos. Los viajeros, visitantes y nuevos habitantes pueden visitar: se ha convertido en un viejo pueblo. Como lo llama ahora.

En contraste, los constructores de la nueva línea ferroviaria, sin preguntar, ni consultar, le han puesto una nueva denominación “pueblo mágico”. A un lugar que siempre tuvo demasiadas carencias. Donde muchos lugareños tuvieron que ir a otros ayuntamientos para registrar a sus pequeños. Un lugar por mucho tiempo sin mercado, en algún momento fue borrado incluso de los mapas del Estado de México. Hoy hay una disputa, entre la constructora y el ayuntamiento, se tiene que cambiar el nombre de Tres Gallinas.

En estos tiempos, se tiene que acondicionar nuevos lugares para ser habitables y crear ayuntamientos. Con todo lo necesario para tener una mejor calidad de vida. Así también, buscar e incrementar nuevos espacios, como lo son: centros comerciales, educativos, culturales, industriales, nuevos centros deportivos y por supuesto las nuevas intercomunicaciones. Hay una disputa de los canales de televisión, todo esto para atraer a más consumidores.

Hay un argumento para construir nuevos lugares para ser habitables. La visión proviene desde la capital de México juntamente con el gobierno del Estado de México. En la capital de México, ya no hay puntos para construir conjuntos habitacionales o casas. Todo está ocupado. Sus nuevos ocupantes están emigrando de estados circunvecinos. El más cercano es el también llamado por algunos, el Edomex. Hay mucho lugar deshabitado por varios kilómetros. Algunos poblados pueden adoptar nuevos habitantes. El gobernador está en la disposición y alcance de todo interesado para una nueva urbanidad, para toda aquella persona interesada. En este Estado se encuentra mejores oportunidades. A partir de estos tiempos se empiezan a edificar modernos ayuntamientos.

Mientras la gente de Tres Gallinas continúa con carencias, también municipios cercanos. En este día de inauguración viven su vida normal. La nueva estación es lo único moderno que se puede notar desde otros poblados. Las instalaciones son sorprendentes.

Los lugareños apenas comprenden que en su poblado, cruza el nuevo tren veloz de México, por sus ocupaciones no se transportarán en él. No tienen la necesidad de ir a la Ciudad de México o hacia el norte del país. Cuando se dan cuenta de que no hay espacios para construir en la capital. Hay una solución, el transporte desde la ciudad, que conectará a los nuevos centros habitables. Es a través de esta nueva construcción.

En la Ciudad de México la obra es elevada, al salir de la capital, la construcción es a nivel de tierra y es donde logra su gran velocidad. Para llegar en unos cuantos minutos a la segunda parada, dónde en estos momentos es Mauricio, quien lidera el pequeño grupo de la comunidad. Y quien los mantiene en la incertidumbre de un nuevo golpe contra los policías.

Un integrante de la comunidad pregunta: —¿Por qué hicieron el metro hasta acá? —La preocupación, todo lo tienen en su pequeña comunidad.

Al llegar la tarde, todos sentados al lado de la puerta de la estación, preocupados mientras transcurre el tiempo. Las esperanzas se van, cada vez que pasa el tren.

—Mauricio, vámonos ya. No podemos hacer nada —dice un integrante, aburrido.

—No, José, recuerda que esas personas, tienen que regresar a Sebastián. De aquí no nos vamos a mover —responde con ánimos para seguir en el lugar.

Otra voz, de mujer:

—Pero, ¿qué sabemos de Sebastián? ¿Dónde está, dónde se lo llevaron? Mauricio ni tú lo sabes. Ellos no lo van a regresar. ¿Cómo vamos a arreglar todo esto? No hay modo.

Mauricio los ve, cree que de cierta manera tienen razón. La construcción está en pie, no llegan asociaciones civiles personas las cuales pueden ayudar. Mauricio se siente derrotado. Solos permanecen en su lucha. Mientras tanto la gente hace compras en el mercado. Otros trabajan en el poco campo que tienen. Más los que preparan a sus hijos para llevarlos a la lejana escuela. Los que continúan en el arco, aburridos en la espera de alguna señal, la cual no llegará.

Un hombre dice con seguridad:

—Me voy, Mauricio.

—Recuerden, todos unidos lograremos algo, por Don Sebastián y por nosotros.

El mismo hombre que quiere partir:

—¿Qué vamos a obtener? Nada. El tren vino a cambiar todo. No lo podemos quitar, hacerlo a un lado. Mucho menos desviarlo para otro lugar.

Mauricio ve a todos que tienen la misma desesperanza. Descubre, algunos que estuvieron en el principio del golpe, ya no continúan, se fueron sin decir nada. Otros con sus celulares en mano. Y otros con objetos innecesarios para la realidad por la que pasan.

El muchacho entiende, no hay nada que hacer. Los policías, tienen tiempo para recibir alimento. Algunos sentados, en algún lugar. Otros, en escaleras o en el suelo.

El grupo de la comunidad que permanece en las afueras de la estación, con el transcurso de los minutos se hace más pequeño. Poco a poco se van los integrantes a seguir con su vida diaria. Los más jóvenes son los que se quedan. Por dentro de la estación, un policía, hace una llamada mediante un celular, mientras el grupo contrario se va.

Quitan la manta. Sólo algunos se quedan en la entrada, quieren conocer la estación por dentro. Mauricio se marcha. Dejan libre el paso. Al poco tiempo el policía, abre las puertas oficialmente en esta estación. Las personas que se quedan. Entran a las instalaciones.

A partir de este día, tres gallinas es diferente. Un nuevo lugar en el Estado de México. Los habitantes son derrotados por su propio ayuntamiento. Las calles del poblado han sido pavimentadas. Algunas casas, las más cercanas obtuvieron una mejor presentación.

Un miembro de grupo dice: —Oye, Mauricio, los vecinos no quieren saber nada.

—Tenemos que solucionar muchos problemas. Los precios en el mercado los han subido más. En la tienda de los Chacones ya nadie va a comprar. Van los mismos de siempre.

—Hay que decirle que baje los precios —dice otro integrante.

Un vecino comenta:

—Oigan, ¿qué hay sobre Sebastián? Ya sé la respuesta, definitivamente, todos se olvidaron de él.

Todo el grupo en silencio. Mauricio agacha la mirada y tarda en dar respuesta.

—Tenemos que agendar una visita a Toluca. Claro que tenemos que ir, para saber de nuestro líder.

Los habitantes de Tres Gallinas siempre pidieron: mejores trabajos, una escuela cercana, agua para sus sembradíos. Esta ayuda no llegó, Obtuvieron una estación de un tren. Alguien cerca de la estación dijo —¿Para qué quiero ir a la Ciudad de México? No tengo dinero para gastar allá.

EL COLOR DE LOS SUEÑOS Y LOS SEGUIDORES

La tarde está nublada, el ambiente es gris. Todos los habitantes prefieren permanecer en sus casas. El espacio es extraño. La situación adormecida. Como si nadie viviera en este lugar. El aire cansado de soplar, hoy hace falta su presencia. Los árboles tranquilos. La tienda vacía. Las calles solitarias. La estación de autobuses foráneos abandonada, el personal que labora son los únicos en el lugar.

Los pocos animales que hay, callados están. Sólo hay dos personas en la calle. Uno tiene más edad que el otro. Él mayor siempre está en la misma banca. Su compañero de 60 años, primero se asoma desde la ventana de su casa, desde ahí se da cuenta si su vecino está en el parque, para ir a platicar.

Se asoma, dirige su vista en busca de su vecino. Ve su curvada espalda. Se da cuenta que su mano la tiene sobre el bastón. Ve el cielo.

Se pone su suéter, al salir de casa y desde la puerta ve para los lados. El parque está enfrente de su casa. Se dirige a su compañero de plática diaria. Al sentarse junto a él, no hay saludo. Las pupilas de los dos se voltean a ver. Y regresan sus miradas perdidas al mismo lugar.

Enfrente de ellos pasa una familia con morrales en sus espaldas. Los dos adolescentes cargan sus cobijas amarradas. Su padre lleva en brazos al hermano pequeño. Al poco tiempo, pasa un coche lleno de personas. En el toldo lleva bolsas de plástico. En la misma dirección que van aquellas personas, se encamina una señora solitaria de la misma manera. Ella con un lazo jala una caja, llena de cosas.

Delante de los dos vecinos hay un teléfono solitario. De repente llega una señora en condiciones de calle. De una bolsa de mano saca una vieja libreta. La pone en el soporte del teléfono y ojea la libreta.

Mientras tanto, pasa una camioneta lleva gente. Detrás de ella viene otra camioneta repleta de bolsas, y más cosas, como una mudanza.

La mayor pregunta, sin voltear hacia su vecino. —Oye, ¿A dónde van ellos?

Mientras ve el cielo, responde con una pregunta. —¿Ya viste el color del cielo?

—Ayer tuve un sueño. Y tenía el mismo color que tiene el cielo. El mayor responde sin ver el cielo.

—Y, ¿de qué trataba el sueño?

—Me atreví a voltear para otro lado. Mi sueño trataba de llevarme para un lugar desconocido, pero volteé para ver otras cosas.

—¿Y, que viste? —pregunta intrigado el hombre de 60 años.

Tarda en responder, trata de recordar. Repasa sus sueños.

—Por un momento vi... A todas las personas que no había visto. Ahí están en mis sueños.

—Y, ¿qué más sueñas?

La otra noche soñé la primaria donde estuve. Y también tenía el mismo color de esta tarde. Había demasiados salones. Los salones tenían baños y entre los pasillos de los baños me perdí. Siempre regresaba al mismo lugar.

El menor de los dos comenta. —Oye, por cierto, ¿A dónde va toda esa gente?

—Es lo que quiero saber. Esa mujer que está en el teléfono ya se tardó en buscar su número telefónico. Ya dio dos revisiones a su libreta.

—¿A quién pretenderá llamar?

—Seguro a un familiar. A un hermano que no ha visto por años. Yo no he visto a mi hermano menor.

—¿Tienes hermanos más pequeños que tú?

—Sí, soy el mayor de todos. Él, si no me equivoco, tiene sus setenta años. Yo casi llego a los 90 años.

Sorprendido responde: —Creí que tenías menos, ochenta años aparentas. Y, ¿por qué vives solo?

Lo volteo a ver directamente. —Yo también te hago la misma pregunta.

—¿Por qué vives solitario?

Los dos se ven, esperan sus propias respuestas. No se responden. Al mismo tiempo voltean sus miradas.

—Mira, noventero, esa mujer que va ahí fue tu novia.

—Fue mi amante. Fue hace mucho tiempo, le llevo como diez años o más.

—Mira, lleva a un niño y carga todas sus cosas. Oye, noventero, ¿por qué, el planeta es redondo?

—No lo sé. Ha de ser para que haya días y noches. ¿No te había dicho que me vi en un espejo?

—No, noentero, viste que tienes más arrugas —contesta sin extrañarle que se haya visto en el espejo.

—No me fijé en eso, no me importa.

—Pues ¿qué más viste? Todo lo que está a tu espalda. A tu lado. En la parte de arriba.

—No vi eso. Descubrí muchas cosas, los que se ven en los espejos no se dan cuenta, o no lo ven.

—No entiendo, noentero. ¿Qué hay en los espejos?

—Se ve la propia vida. El lapso. Puedo ver y apreciar lo que tengo, lo que soy.

—Noentero, yo sólo me veo para saber si estoy sucio o estoy mal peinado.

—Mira, la señora del teléfono aún no encuentra su número telefónico.

—Sí, ya tardó en marcar el número.

—También soñé a nuestro pueblo —dijo el hombre en suspenso.

—Oye qué bien y, ¿qué soñaste de él?

—Salía de una ventana para mi trabajo y había mucha gente en la calle, pero muchísima.

—Y, ¿de qué color era el sueño? ¿También gris?, Noentero

—Sí, también fue gris. También soñé, por aquí pasaba un metro cómo él de la ciudad. Todos éramos felices en tener el nuestro. Todos viajábamos en él. Un amigo tuyo lo manejaba. Ahí abajo en la tierra, nos metíamos para entrar.

—¿Y viste el nombre de la estación?

—Tres Gallinas, como el poblado. El conductor, amigo tuyo, vestía como todo un revolucionario. En la entrada de la estación había un gentío que lo esperaba. También había unos monstruos que querían derribar a nuestro pueblo. Grandísimos, ellos venían de los cerros. Entre todos pudimos detener su camino.

—Es como hoy, todos huyen del pueblo. No paran de pasar. Algo extraño sucede en este lugar. Noentero, vamos a ver qué es lo que pasa.

—No. Ya no estoy para caminar, Para la edad que tengo, lo que ocurra no tiene importancia. Mejor pregúntate ¿Qué es lo raro? ¿Lo que vemos o los sueños?

—Noventero, claro que los sueños son extraños. ¿Cuándo van a poner un metro, aquí en Tres Gallinas? Nunca. Lo que vemos es la realidad.

—Es como los espejos, sólo alcanzamos a vernos. Sólo vemos lo que nos importa. Nunca vemos otras cosas o lugares.

—Noventero, todos, en la mayor parte de nuestras vidas y en cada época, por algo nos preocupamos por algo...

—Por eso, no vemos a nuestro alrededor y nos perdemos de muchas cosas. Cosas tan comunes, insignificantes, que dan sentido a la vida. Si las pudieras notar en el preciso momento, nuestro sentir de la vida sería diferente. En estos tiempos ya nadie observa. Alguien atrapó la vista de los humanos y la desviaron para otro lugar. Alguien o algo los distrae fácilmente.

—Oye, noventero, la mujer por fin encontró el número. Marca los números. Espera a que le contesten.

—Por cierto, pequeño, no me has contado si sueñas.

—Claro, noventero. Yo siempre he tenido un sueño constante cada semana, en cierto mes.

—Cuéntame tu sueño, me gustaría escucharlo.

—Noventero, a mi familia no se lo he platicado. Sabías que si lo cuento, ¿se rompe el hilo conductor?

—Sí, claro que lo sé. Cuéntame otro sueño que hayas tenido. Uno de tu juventud.

—Ya me estoy preocupando. No dejan de pasar. Hay gente que nunca he visto. La señora del teléfono no ha dicho palabra alguna, todavía no le contestan. No, ya no recuerdo mis sueños de juventud. Junto con las discusiones de mi primera mujer se fueron. Te voy a contar uno que tuve hace poco tiempo.

En el poblado teníamos muchos venados, en cada mañana los arreábamos. Para llevarlos hasta mi casa, ahí se encontraba una de mis esposas, en la cocina. En la espera de los venados. Los dos éramos felices, porque en la cocina entraba con decenas de venados para darles de comer. Te das cuenta teníamos mucha comida para todos esos venados. Mientras, como pareja, teníamos sólo una comida y media.

—¿También era en blanco y negro tu sueño?

—Sí también, como todos, noventero. Oye, por cierto, ¿te dan miedo tus sueños? La pregunta la hace mientras observa a lo lejos, para saber de dónde sale la gente que pasa.

Al parecer la mayoría de la gente que vive en el poblado ha pasado delante de los dos hombres. No interrumpen su diálogo. La tarde se muda a noche. El ambiente gris se transforma en una especie de neblina tenue. Todo cambia, como si fuera a llover, pero no hay condiciones para que ocurra una tempestad.

—Claro que no. No hay ningún sueño que me haya dado miedo. Al contrario todos me dejan una tremenda duda. ¿Y a ti pequeño, te han dado miedo?

—No.

—Yo le tengo miedo, mucho miedo, a la humanidad. A ellos, sí que les tengo mucho miedo. Los sueños sólo son pasajeros. Es el reflejo de lo que vivimos. Mientras que los humanos ahí están, donde quiera. Son... somos la representación de la falsedad. Mientras que los espejos dejan ver más cosas, los sueños nos dejan ver por dentro. Y sabemos que son irreales. Mientras que los humanos mentimos.

El hombre de los 60 años se encuentra de pie mientras ve a lo lejos y responde:

—Somos malos.

—A mí me engañaron. ¿Qué me importa todo? Parte de mi vida viví traicionado por un comentario. No debí creerle. Todo lo que dicen es pura falsedad.

—¿Entonces? Noventero

—Esa gente seguro fue engañada, algo escucharon, no deben seguir ese camino. Deben de regresar a casa.

—Oye noventero, la señora del teléfono ya se fue, no nos dimos cuenta si habló con alguien. No me di cuenta cuando se fue. Ya se hizo de noche, todo sigue en silencio.

—Tenemos que regresar a casa. Es el único lugar dónde podemos ser libres. Ellos que sigan su líder.

Y es así. El mayor con una lentitud se levanta para regresar a su casa. Con la misma demora va camino a su hogar. Sin nadie quien lo reciba en la puerta. No hay quien le ayude. Es la casa que está pegada de su vecino. El hombre de 60 años se queda en la banca del parque. Mientras observa al cielo que poco a poco cambia.

El noventero, se prepara para dormir en su cuarto, como cada noche, tranquilo sin quien lo moleste. Esta noche algo extraño suena fuera de su casa. Se asoma, primero ve el

cielo. Entre lo oscuro ve una luz tenue. Su mirada busca a su vecino y ve que mantiene la vista en cenit. Acomoda la cortina para que no entre luz de la parte exterior. Al voltearse y tener la ventana en su espalda, puede notar que se mantiene una luz, que se filtra a través de la tela de la cortina.

¿JUEGAS O TRABAJAS?

En un pueblo alejado de la ciudad vive un niño. El lugar donde trabaja su padre está muy retirado de su casa. Su madre realiza labores de hogar, atiende a su esposo y a sus hijos. El pequeño tiene una hermana dos años más grande que él.

Ezequiel normalmente juega solo, en el patio de su casa o en la calle. No hay carros que pasen enfrente de su casa. Son pocos niños que se conocen en el pueblo. Cuando tienen oportunidad de reunirse tienen poco tiempo de distracción. Llegan cansados o aburridos de una mañana muy ocupada para su corta edad.

Jonathan es el más grande. Es el último en llegar de tres chicos. Enfrente de la puerta de la casa de Ezequiel, es donde usualmente se reúnen. Para jugar o tener ocurrencias infantiles. Delante de ellos hay campo de cultivo. Y lo demás es un sitio solitario. En esos lugares, caminan, corren y se entretienen. Jonathan al llegar con los demás, se sienta en el primer lugar que ve.

Dice Jonathan con voz muy tenue.

—¡Oigan! Hoy en la mañana hice muchas cosas. Ahorita, no tengo ganas de jugar a las correteadas. Mejor otro juego donde no tengamos que correr.

Ezequiel es el primero en contestar. —Ya nadie quiere jugar a las correteadas.

Tú no te levantas temprano. Para ir a trabajar con tu padre —dice, Margarito sentado en la tierra a Ezequiel.

—No voy, mi padre dice: que me tengo que quedar en casa para ayudar a mi madre y a mi hermana, en los quehaceres. Y les voy a contar todo lo que hago.

Claro que no voy a trabajar. Pero, me levanto muy temprano como ustedes. Siento cuando se levanta mi padre. Desde mi cama veo cómo se pone su ropa, me hago el dormido. Después sale del cuarto y se encuentra con mi madre. Ella ya está despierta. El sol todavía no sale. Desde esas horas mi madre empieza a limpiar la casa. Con la tele prendida.

Antes de irse, corro para alcanzarlo y despedirme de él. Porque llegará hasta la noche cuando ya me preparo para dormir. Si tardo en dormir lo veo. Hasta la mañana siguiente, justo cuando abro los ojos. Al irse, me quedo con mi madre, desde esta puerta veo, como se aleja y deja atrás estas casas.

Al poco tiempo se despierta mi hermana. Ya saben hasta dónde tiene que caminar para llegar al mercado. Vamos los tres, a comprar todo lo necesario para dos días. Mientras caminamos y nos aproximamos al mercado ellas platican y platican. Recuerdo, mi mamá es la que siempre empieza: “Ya te dije, algún día tendrás que trabajar. Además, horita, estás muy chica para que veas a los muchachos y andes con uno de ellos”.

Mi mamá, siempre dice, que a los dos nos va a cambiar mucho nuestro cuerpo, nuestro tono de voz. Aún estamos chicos para todo.

Allá en el mercado, hay puestos de juguetes y quisiera tener uno. Mi madre lleva el suficiente dinero para comprar su mandado. En ocasiones, mi hermana se molesta conmigo. Porque mientras caminamos insisto para que me compre un nuevo juguete. Ella me hace gestos de enojo. Mi mamá compra y compra, llena sus bolsas de mandado. Y según me dan las que menos pesan. En el regreso, ellas van delante de mí. Porque, a cada rato me detengo, para acomodarme las bolsas y ellas como si nada.

Al llegar a casa, no tengo tiempo para un descanso. Debo seguir y preparar todo. ¡Jonathan! Tú sabes hasta dónde tenemos que ir por cubetas de agua. Pues, tengo que traer agua. Con mis dos cubetitas. Miren, desde aquí se ven, ¡allí están!

Jonathan sin asombro, dice —Nosotros hacemos más cosas. Y todavía tenemos que aguantar los rayos del sol.

—También lo soporto. Cuando voy por el agua es cuando me pegan los rayos.

Margarito con voz enojada —Entonces ¿qué vamos a jugar?

Cada uno por su lado, sin decir nada.

Ezequiel es quien retoma la palabra. —¿Alguien trajo canicas?

Jonathan y Margarito. —No, recuerda que se nos perdieron la otra vez que llovió mucho.

—Sí, claro. Se fueron rápido y no sintieron cuando se cayeron. Hay que inventar un juego, en el que no tengamos que correr —dice muy animado Ezequiel.

Jonathan contesta con desanimo. —Menos, ni tengo ganas de pensar. Mejor vamos a aventar piedras a las puertas y nos echamos a correr, eso sí me gusta mucho.

—No, la otra vez que hicimos eso casi nos cacha la hermana de Margarito. Y es bien...

—¿Bien qué? ¿Bien qué? —dice Margarito.

—Oigan a mí, no me han contado ¿qué hacen en sus trabajos? —Dice confundido Ezequiel.

Jonathan ve a Ezequiel. Jonathan y Margarito se ven. Margarito hace un gesto de negación. Ezequiel se da cuenta de que no quieren contar. Ellos saben que su niñez es muy difícil.

—Tenemos que apoyar, llevar dinero a casa. Es lo que quieren nuestros papás. Dice Jonathan mientras ve el cielo.

—No alcanza el dinero que tienen nuestros padres. Somos pobres y lo que llevamos a casa apenas alcanza. Tenemos poco para distraernos en las tardes. —Dice Margarito, mientras tiene una piedra entre sus manos y su vista la mantiene en el suelo.

Jonathan dice:

—Te vamos a contar, porque sé que eres nuestro mejor amigo —mientras, Margarito, lanza una mirada de enojo.

Nos levantamos a la misma hora en la que te despiertas. También nosotros sabemos a qué hora sale tu padre a trabajar. En ocasiones nos vamos junto con él. Y tu papá, las primeras veces que nos veía, preguntaba. “¿Adónde van chamacos? Tan temprano” Y siempre le contestábamos que íbamos a ver el amanecer. O que nos mandaron a un encargo. Nunca le dijimos la verdad.

Desde muy temprano vamos con don Guadalupe. Él ya está levantado. Tiene todo listo. Vamos a cargar su camión. En el patio de su casa tiene bultos llenos de tunas, nopales, otras bolsas más de chiles. Listas para ser subidas a un camión que llega después o en ocasiones ya se encuentra listo.

Los señores, cuando nos ven llegar se van. Se meten en un cuarto, desde donde acarreamos se ve para adentro. En ocasiones ven la televisión, otras veces escuchan el radio y a cada rato se carcajean. Solos hacemos el trabajo. Hay bultos que bien los aguantamos, otros están mucho más pesados. Entre los dos las subimos como podemos.

Hay días que llevan prisa, nomás están detrás de nosotros apurándonos. No sé que tanto dicen de nosotros. Nos ven muy feo como si fuéramos que cosa. Al terminar de cargar nos pagan y todito el dinero se lo entregamos a nuestras mamás.

Margarito con la piedra en mano dice: —Sí, me da coraje escuchar a los señores sonreír, mientras nosotros trabajamos. Cuántas veces he querido no regresar. Pero me doy

cuenta. Cuando mi padre llega de trabajar. Mi madre empieza a discutir con él. Porque trae poco dinero para el gasto de la semana. Con lo que trae le alcanza hasta el miércoles.

Jugando, Jonathan y yo nos dimos cuenta de que había un niño. Que venía desde otro poblado, hasta ese lugar para trabajar. Siempre veíamos cuando se iba a su casa. Antes de irse, comía una torta afuera de la tienda, y después agarraba su camino. Algunas veces venía una muchacha. Después supimos que era su madre. En ocasiones, ella llegaba en coche, otras veces a pie. De pronto, no volvimos a verlos.

A mi mamá le platicué lo que hacía ese niño. La primera vez, no me creyó, pero se puso a pensar. Una noche escuché platicar a mis padres lo que había visto.

—Oye, ayer me dijo tú hijo que aquí en el pueblo. Hay una persona que da trabajo a los niños. Escuché la voz de mi madre.

—Pero, ¿qué tipo de empleo? ¿Para niños? —Contestó confundido mi padre.

—No sé. Dice, Margarito que el niño cargaba bolsas para una camioneta. Se iba como a eso del mediodía. No es de aquí.

Están en silencio, mientras preparan para dormir. Y de repente se escucha la voz de mi padre.

—Y, ¿estarán muy pesadas esas bolsas? Digo, para que las cargue un niño. Se puede lastimar.

—No creo, al tenerlo como trabajador, no se puede lastimar —contesta mi madre.

—Oye, y si le decimos a Margarito que se informe para que nos ayude ¿con el gasto? —Dijo mi padre.

—No, ¡cómo crees! Nuestro hijo. Lo vamos a mandar. ¿A trabajar?

Y volvieron a quedarse en silencio. Esa noche, me quedé sin dormir. Nomás pensé que mi padre tenía razón. Así tendría más juguetes. Una mejor y más grande televisión. Como la que tiene el señor donde trabajamos. Al siguiente día, no esperé en que me dijeran. Fuimos “¿Verdad Jonathan?” Recuerdo que el señor muy seguro dijo, “el trabajo no es tan pesado, si somos rápidos como las 10 de la mañana nos podríamos ir a casa”. Nunca hemos salido a esa hora.

“Aquí la paga es muy buena”. Nos dijo el señor, además, los choferes de los camiones nos darán para nuestro refresco, ¿y cuándo hemos recibido de ellos? Llevo la mitad de lo que mi padre le da a mi madre. Y con eso apenas termina la semana.

Ya me fastidio de todo. ¡Ya no quiero regresar! Pero veo la mirada de mi madre, de alivio, al recibir el dinero que llevo. Mientras, mi padre, creo que le da igual. Nunca me interroga. Si pesan las bolsas, si son malos los señores, u otra cosa. Al contrario, mi madre siempre pregunta. Al llegar, rápido, empieza a decir: “Hijo, ¿cómo te fue?”. “Ven te preparé algo de comer”. ¿Se portaron bien los señores contigo? Nunca le digo lo cansado que llego a casa. La última vez que fuimos al mercado compró unos nuevos zapatos para mí. Ahí los tengo bien guardados. A mi hermana le compró un pantalón.

Antes, mi madre me decía que no saliera a jugar. Hoy al llegar, no me dice nada. Le pido permiso para salir a la calle, u otra cosa, y rápido, dice que sí. Por eso, voy a cargar las bolsas. Lo malo de esto, es que me duermo más temprano. Una de las amigas de mi madre, ayer dijo que estoy adelgazando. Que, si estoy enfermo. Que, antes estaba un poquito más gordo. ¿Cómo se da cuenta? La verdad mi cuerpo cambió.

Margarito termina con la mirada en el suelo como si buscara algo. Se quedan en silencio. Ezequiel dice:

—Tienen razón, también en mi familia pasa. También nosotros tenemos poco dinero. Una vez mi madre dijo, que mi padre tiene dos trabajos. Uno en la mañana y el otro en la tarde. Por eso, siempre llega en la noche. Al llegar, dice mi madre, lo primero que hace es besarnos en nuestras mejillas, a mi hermana y a mí. Después, platican mucho en la sala. Lo que tienen pensado hacer o comentar las noticias de la televisión.

Un domingo, estaba con mi padre en la calle. Vimos a un señor con un celular, uno de esos que manejan con los dedos. Y no le quitaba la mirada de encima al celular. El señor jugaba un juego. Mi hermana, fue quien pidió uno de esos a mi padre. Él se enojó porque no le alcanza el dinero. Dice, que no sabe manejar un aparato como esos. Basta con el que tenemos, recibe llamadas y mensajes. El que tenemos no entra en el lugar donde hay muchos juegos. No tiene eso que le dicen “FI-FI” o... ¿cómo se dice? Sólo tiene dos juegos. Estoy harto de jugar lo mismo en el celular de mi madre. Entro, doy dos vueltas para buscar algo nuevo y al fin a cabo, termino en el mismo lugar de siempre.

Yo, también escucho a mis padres, mientras juego o cuando estoy a punto de dormirme. A gritos discuten. A gritos, dicen sus disgustos: ¡el dinero no alcanza! ¡Ellos no tienen ropa nueva para ponerse! Qué mi madre quiere un cuarto para su cocina. A mi hermana la vieron con un chavo. Qué si tenemos educación. Aún somos chicos para todo.

Esto ya me tiene molesto, como a ustedes su trabajo. Por eso los espero para jugar. Porque con ustedes me distraigo. Mi hermana, hace el quehacer de la casa, ve la televisión y sale a la calle quién sabe a dónde va. Mi madre, se enfada con ella. Cuando la busca no la encuentra. Luego me manda a que la traiga. Pero yo no sé dónde se va, o se esconde de nosotros. Por lo regular hago que la busco, ya sé que no la voy a encontrar. Pero bien que deja todo limpio en casa.

Y, mamá ¿por qué me manda a buscarla? Sí, mi propia hermana siempre me regaña. Pero, en fin, somos hermanos. Pienso mucho, me quiero ir de aquí. Dejar todo, a mi familia también. Ustedes se han preguntado, ¿qué hay al otro lado de esos lejanos cerros? Pero no me atrevo hacerlo. Si mi hermana se pierde por horas, yo también lo hago. Camino todo derecho hacia allá. Dónde no hay nada, en medio del campo. Camino y camino, dejo atrás los sembradíos. Volteo y desde lejos veo nuestras casas, se notan muy apartadas una de otra. Entre más me alejo se ven más chiquitas. Allá más adelante está una carretera muy grande. Donde me paro, aún queda muy lejos y se ve cómo pasan los coches uno tras otro.

Hasta allá quiero llegar, me da miedo pensar, que en cualquier momento se oscurece todo. De regreso pienso que me voy a perder en la oscuridad. O que me va a salir el monstruo de la película. Al regresar, no dice nada mi madre. Creo que no se da cuenta hasta el lugar dónde voy. Pero mi hermana, me regaña, ¿adónde fui? Y yo nunca le pregunto, ¿con quién se va?

Margarito, otra vez pregunta:

—Que vamos a hacer o ¿qué vamos a jugar? No quiero escuchar más plática. Antes que se haga más tarde.

Ezequiel lo ve con enojo.

—Ustedes que vienen cansados no quieren correr. Vamos a ventar piedras a las puertas y nos escodemos. ¡Ya se! Vamos a hacer una autopista marcada en el suelo. Y, los palos que sean los coches.

Jonathan contesta, muy reanimado: —Sí, una autopista muy larga que sea de casa a casa. Con curvas muy peligrosas. Sin patrullas con una gasolinera. Ustedes háganla desde aquí los veo.

Ezequiel, molesto lo ve. —¿Y por qué nosotros? ¿Tú qué vas a hacer? —En su mano derecha tiene agarrado un palo. Lo dirige hacia Jonathan para que lo agarre. Para hacer rayas

en la tierra. Jonathan no hace el esfuerzo de recibir el palo. Le vuelve a insistir. —Ten el palo para que, desde allá empieces a rayar el piso para acá, Ezequiel no se da cuenta que Margarito se hace a un lado. Él no insiste a Jonathan para que se pare. Con cara de interrogación Ezequiel: —¿Qué tienes?

—¡Nada, no tengo nada! —contesta Jonathan enojado.

Margarito dice: —Ya dile, no tiene nada de malo —camina para el otro lado.

Jonathan le dice a Ezequiel mientras tiene dolor. —Es que me duele mucho mi espalda. Ya no soporto el dolor.

—¿Qué tienes? ¿Dónde te duele?

Le señala una parte de su espalda.

Consternado, Ezequiel ve su espalda de Jonathan. No tiene algún moretón, o alguna seña.

—Pero, no tienes nada, no se ve nada.

Jonathan contesta enojado: —Claro que no, la molestia está dentro de mi cuerpo. Cuando me agacho, cuando camino, cuando corro, cuando alguien me jala. Me da una punzada muy fuerte, aquí mira, abajo en mi espalda entre mi pantalón y mi camisa.

—¿Y no les has dicho nada a tus padres?

—No, ¿cómo crees? Llevo dinero a casa, ¿ahora quién va a ayudar a mis padres?

—Vamos con mi madre, para que te dé algo.

—No, estoy bien. Claro que estoy bien.

Ezequiel ve a, Margarito y a Jonathan sentados en la tierra. Con sus miradas hacia a lo lejos. Él no sabe que decirles. Se va y entra a su casa. Busca a su madre, mientras ella teje y ve un programa de televisión —Mamá, mamá, ¿dónde estás? Se escucha el grito de Ezequiel. —¿Aquí estoy en el cuarto que quieres? Ezequiel entra al cuarto. La ve no sabe cómo decir, lo que le ocurre a su amigo.

—¿Qué pasa?

—Mamá ¿sabes curar un dolor de espalda?

Le asombra la pregunta de su hijo. —¿Te duele tu espalda?

—No, a mi amigo Jonathan tiene un dolor de espalda.

—¿Qué le pasó? ¿Se pegó en la espalda o se cayó? ¿Qué travesuras hacen?

—No, mamá, es que trabaja, y se lastimó.

Al escuchar, se sorprende, lo que le dice su hijo —No puede ser que tu amigo trabaje. Vamos con él.

Al salir, no se encuentran. Los buscan hasta sus casas pero no los ven.

—Toquemos su puerta, preguntemos por ellos —dice Ezequiel. Su madre le dice que no.

—Mejor cuando se junten, salgo para platicar con ellos.

Al llegar la tarde, Ezequiel sale de su casa por un mandado a la tienda. Dentro de la tienda se encuentra Margarito, él compra leche y café. Entre los dos se ven.

—¿Por qué se fueron? Mi mamá salió para curar a Jonathan.

Margarito al decir, “gracias” al encargado de la tienda. Es tomado del hombro por Ezequiel, lo hace a un lado para que no escuche nada, el señor de la tienda. Y con voz baja le dice:

—El señor, donde vamos a trabajar nos dijo: “A nadie, le digan que trabajan en este lugar. Nadie se tiene que enterar”. Ya no dejará trabajar con él, si decimos algo.

—No, puede ser. Ustedes pueden ir a otro lugar para trabajar. O dejar de trabajar.

—¿Adónde, Ezequiel? No hay otro lugar para que nos den trabajo.

En ese momento, ven pasar a Jonathan por la calle. No se da cuenta que están los dos amigos dentro de la tienda.

Le voy a decir a mi madre, para que ella los ayude. O que vaya con tu papá y los padres de Jonathan. Para que dejen de ir con ese señor. Así para jugar más tiempo. Ya ves, no hicimos nada, ni nos divertimos, sólo platicamos y platicamos. Quiero saltar, correr, gritar y hacer travesuras con ustedes. Como siempre, aventar piedras a las puertas de las casas. Ahorita que estén mis padres, voy a contar todito lo que me dijeron. Para que, ¡dejen de ir a trabajar!

—No, Ezequiel no les digas nada. Se va a enojar el señor.

—¡Que, no, no se va a enojar! Los quiero ver jugar, no los quiero ver sentados, como si fueran adultos. Son mis amigos. ¡Mis amigos de Tres Gallinas!

VENGO DE LEJOS

Es sábado por la tarde, Ernesto se prepara para ir al parque. En el mueble de la sala, inquieto busca. Trae un banco para subir más alto. Alrededor de la televisión y diversos objetos que se encuentran amontonados. Coge un libro delgado. Titulado: “Historias de Ciencia Ficción”. También está su cuaderno de catecismo, el cual necesita para su clase. Que está por empezar.

Está sentado, con sus piernas cruzadas, sobre el objeto que lo ayudó a alcanzar lo que necesita. Mientras hojea encuentra el índice de cuentos y conoce los títulos: Callejón sin salida, Las playas del universo, Mi amigo el gigante, Estrellas negras, entre otros más. Al momento recuerda a la religiosa que imparte el catecismo.

Lee los primeros párrafos del segundo cuento. Gira su vista al reloj, se da cuenta, tiene media hora del inicio de su clase. De un salto cae de pie, apresurado corre en dirección al parque. Tarda cuatro minutos en llegar y encontrarse con un pequeño grupo de niños.

Sus ojos color café, ven el cielo. Las pocas nubes blancas son empujadas por altos vientos. —¡Vean! Esos aires trajeron a Ernesto —dice, mientras observa—. Los diez niños también alzan su vista. Ernesto ve la mirada de la joven.

Al bajar la mirada hacia los alumnos, pregunta: —¿Dónde está Dios? —Todos al mismo tiempo—: “En todas partes”. —Así como el viento no se ve, también Dios. Explica mientras voltea para todos lados. Un niño dice, mientras muerde la punta de su lápiz: —¿Quién es Dios? —Él es creador de todo lo que ves y lo guapa que soy.

Confundidos, esperan una respuesta diferente. Al poco tiempo, da por terminada la doctrina de cada semana. Todos guardan sus pertenencias. Ernesto se queda a un lado de ella. Algunos se quedan a jugar en el parque. Los demás corren en diferentes direcciones.

Ernesto, con voz entrecortada: —“Oig...” mientras ella gana. —¿Tienes dudas? —No, no, encontré este libro en mi casa. ¡Mire! —lo coge, se dirige a su silla. Lo hojea con mucha exquisitez—. Ernesto observa el paso de cada hoja con tranquilidad. Sus delgados dedos, sin dejar algún rasguño, mucho menos ensuciarlo. Como si fuera el único libro del municipio. Ella no dice palabra alguna. Coge su silla y su bolsa de mano. El pequeño la sigue, sin saber su destino. Hasta que se sienta al otro lado del parque.

Lee por varios minutos en silencio. No le importa el paso del tiempo. La gente que transita en el lugar la observan. Ernesto, a su lado, desesperado. Quiere regresar a casa. Alcanza a escuchar: “Tanto que lo busco y llegó a mis manos”. Él no entiende nada.

Guarda el libro, en su bolsa de mano de color violeta, con una marca de una estampa que tuvo alguna vez. Se levanta en dirección a la autopista. El niño sigue a su lado. —Ernesto, pensé que ya te habías retirado —dice con asombro—. Lo invita para que se siente. Mientras mantiene la bolsa de mano en su regazo. Su mirada en el cielo. —Es el cuento que me impulsó para estar en el seminario. Cuando tenía 15 años lo leí. —Apenas escucha su voz.

Extrae el libro de su bolsa. Lo vuelve a hojear y lo regresa a las manos del pequeño. Lo abraza, pensó que lo tenía perdido. No devolverlo, causará problemas con su hermana. Hay silencio entre los dos; ella lo rompe.

—En el cuento, hay una muchacha. De noche abordó un barco. Al siguiente día, cuando despertó, a su alrededor se encontraban jóvenes. La cuestionaban sobre su país, de su vida, de su familia. ¿Cómo llegaste aquí? ¡En barco! Nadie le creyó: “Aquí no hay mar”.

—Así, vengo de una lejana ciudad. ¿Cómo llaman a este lugar? He visto pocas gallinas. ¿Será que solamente he visto tres? Allá no hay gallinas. Vengo donde hay edificios altos, demasiada gente, coches uno tras otro, tecnología y estrés.

—Mi abuelo, en una ocasión, dijo: En un principio no había gallinas. Sólo perros, grillos, había unos animalitos con una luz en su cuerpo. Hasta que llegó una señora a pie. Con pocas pertenencias. Recorrió por todas partes. Pedía alojamiento, pero nadie se lo dio. En la calle durmió. Y al amanecer sus tres gallinas empezaron a cacarear. Se admiraron por los nuevos sonidos de las aves —cuenta Ernesto los recuerdos de su abuelo—. Mientras está sentado en posición de loto.

La señora decía: “Camino de lejos en busca de casa”. Se quedó por un tiempo. Empezó a enseñar: la preparación de la tierra, las fechas de cultivo y se ganó a la gente. En este lugar árido.

—¿Hace cuánto tiempo ocurrió? —interrumpió a Ernesto.

—Creo, mi papá... aún era niño —responde con duda.

La tarde cambia de tono. Sus sombras causadas por el sol cambian de posición. Los niños que se quedaron a jugar se han retirado. Sólo se encuentra un anciano.

—¿Y, la señora, murió o se fue de aquí? —pregunta intrigada.

—No lo sé. Mi abuelo nunca lo mencionó.

Empiezan a caminar hacia la autopista. En silencio sigue a la catequista y gira su vista hacia su casa. —Oiga, no entendí, ¿por qué el cuento hizo que entrara al seminario? — Ernesto pregunta. Mientras se encuentran en la parada de la autopista.

Siempre quise conocer otros lugares. Salir de casa y no volver nunca más. Llegué a este lugar y a la primera persona, le dije: “Soy religiosa. ¡Imparto catecismo!” Nadie me interrogó. Sólo escuche decir. “Hasta que Dios se acordó de nosotros”. No preguntaron de dónde provengo. ¡Oye! Ya está oscureciendo. Tus padres han de estar preocupados. Tienes que regresar a casa, ¡rápido!

La joven se pone su suéter, espera su transporte. Al poco tiempo, alcanzan a escuchar voces de un pequeño grupo de gente que se dirigen a ellos. De lejos no se les entiende nada. Los ojos cafés de la catequista se entristecen. El pequeño empieza a temblar. Sentados con sus miradas hacia el poblado, Ernesto recuerda su último regaño. Fue el más fuerte que tuvo. Varios días estuvo castigado. En su pensamiento dijo, “No debí estar con la catequista”. En esos momentos sin ver televisión, al llegar de la escuela lo encerraban en su cuarto.

La catequista, sin quitar la vista de la interminable autopista. En ese momento quisiera volar para estar en otro lugar. O que llegara un barco y treparse rápido en él. Pero no ocurrirá, tiene que enfrentarse a la comunidad, ¿qué va a decir? Ella se pone de pie, se da cuenta que Ernesto tiene la mirada en el suelo. Lo defenderá en esta noche. Ella no le va a hacer algún daño. Sólo se quedaron a platicar de un libro.

Se enfrenta. Observa que el grupo de personas ha desaparecido, es el padre y la madre. ¿Adónde se habrán ido los demás? Las voces, ¿de quiénes eran?

—No te lleves a mi hijo —dijo la madre con gritos, con sus ojos llenos de lágrimas. Tiene un palo en la mano.

LA MUJER DE LA TIENDA

En el claroscuro de la tarde, la persona que atiende el local. Alcanza a escuchar, de los hombres sobre una mujer. Los que la han visto, allá en la carretera, la describen de la misma forma. Otros comentan de su deseo de conocerla o que al menos pase al lado de ellos. Afuera de la tienda, hay cajas apiladas de refrescos. Los ocupan para sentarse y pasar el rato mientras consumen. Es una mujer madura quien atiende el local. Desde el primer momento que escuchó sobre la plática. Trata de prestar atención con alguna clienta nueva, para saber si es la que nombran. Con el paso de los días, cada vez está del lado de los que no creen. No llega alguna desconocida para adquirir un producto. O quizá va a la otra tienda.

La tendera poco a poco empieza a enojarse con los hombres. Es el único tema que tienen. No hablan de los temas comunes del poblado: Que no tienen agua. Que el gobernador no los toma en cuenta. Que todo está mucho más caro o lo común: de futbol. Empieza a tener celos de sus clientes. Trata de preguntar con las demás personas pero está segura; en algún día de éstos llegará al local.

Pasa el día, hay una persona entre los hombres, quien la tendera tiene confianza, quiere agarrar el tema con él. En estos días no ha venido a consumir, lo ve pasar al otro lado de la calle. Entretanto pensando en él y acomodando la mercancía: en cada rincón de la tienda se escucha fuertemente una voz de mujer. Automáticamente reconoce la voz. En su mente, claro es ella. —Doña, ¡Qué milagro! —dice la tendera, con un tono fuerte queriendo igualar el alto volumen de su conocida.

Deja que su cuerpo se recargue en el mostrador: —Cómo le va amiga —como si le estuviera contando un secreto.

—Qué le doy, qué le agrada, para qué soy buena —le contesta silenciosamente.

—Oiga amiga, ya te enteraste de la plática ¿de los hombres? Hay un grupito, quienes dicen que conocieron de vista a una mujer, oye tú, como si nunca hubieran tenido alguna en casa.

—Oye, pensé que sólo yo me había enterado.

—No, amiga, no existe. Bueno, eso pienso. No la he visto para nada. Eso que desde mi casa se ve la calle principal y no he visto que pase alguien desconocido, mucho menos mujer.

—Aquí los que vienen a sentarse aseguran: que sí han visto a esa mujer. Y ya sabes cómo hacen la señal, con las manos de que está bien formada. Desde aquí, escucho cómo se expresan de la mujer.

—Pero por mucho ya la hubiera visto. Amiga.

—Espero y espero a don Esteban, pero no viene. Es el único que me puede decir algo.

Se retira, se queda parada en la puerta y desde ahí: —Amiga, voy a caminar de madrugada. Yo también quiero saber de ella. ¡Amiga! Lo malo, no les hablo a los que rentan los cuartos. Se va del lugar. La tendera con sus manos hace señal de adiós.

Al siguiente día, por la tarde. Llega. Su saludo: “buenas tardes”, se escucha fuerte en cada parte del lugar:

—Buenas tardes, doña, ¿cómo le va? —su voz se escucha desde el fondo. —Bien, ¿qué tanto hace amiga? Tarda en salir para atenderla. Mientras escucha la plática de los hombres y presta atención —Sí, apenas la vi, por más que caminé a prisa no la alcancé. Cuando llegué a la esquina donde dio la vuelta ya no estaba. Observé para todos los lados y nunca la volví a ver. ¿Para dónde se fue? No sé.

Nadie de sus acompañantes le creyó. Todos al mismo tiempo, le dijeron que estaba inventando. Y él juraba que fue cierto. Cuando terminaron, las dos mujeres se ven y al mismo tiempo: —¿Ya escuchó? —los comentarios siguen: ya está del lado de los que creen. Pero, ¿dónde se escondió, tan rápido? Si no hay donde ir para pasar desapercibido. Las casas están muy retiradas de una de otra. La pregunta clásica de ellos. Y, ¿tiene buen cuerpo?

Las dos mujeres en silencio. Se ven cada una, hacen movimientos negativos de lo que escuchan. Los hombres siguen con su plática.

—Amiga, por más que pongo atención esa mujer no se me aparece.

Llega otro hombre, apenas se acerca con todos para decir que también la vio. Desde lejos grita. “Ya la conocí”. Corrió entre la oscura noche. Dice: camina rápido, es alta y elegante. En el mismo lugar, donde la ven, también él. No deja que se le acerquen. Desde lejos se distingue de las mujeres del poblado.

—Pues, aquí la mayoría de las mujeres somos delgadas y prietas. También somos elegantes con lo que tenemos. ¡Pues oye! Eso sí, chaparras —dice con coraje la tendera.

—Sí, amiga, no estaremos buenotas, como dicen éstos. Pero tenemos lo nuestro. Que no se den cuenta, no es nuestra culpa.

—Ya no quiero oír, ya me enojé. Escucha, escucha, no paran. Los voy a correr — dice con voz de enojo, al mismo tiempo con su palma de la mano azota el mostrador. Decide irse al fondo de la tienda. Deja sola a su conocida. Al verse sola, grita: “No te molestes amiga”. Apenas alcanza a observar la sala de la casa. En esa parte se sienta. Agarra un control y lo apunta hacia la televisión.

La señora ve los señalamientos que hacen los hombres. Entiende a su conocida en enojarse. Se da cuenta que los hombres prestan más atención a una mujer desconocida que a sus propias mujeres. Ellas mientras están entretenidas en los quehaceres del hogar o cuidando a sus pequeños. Prefieren estar consumiendo bebidas. En este lugar o en otros momentos se encuentran en la pulquería. Al sentirse sola mejor se va. Pasa al lado del grupo de hombres y nadie la observa. Están ocupados: riéndose.

Devora la tristeza en este día. Las ventas han sido pocas. Esta tarde no están los clientes. Solo uno llegó y se entretiene con una moneda. La tendera lo observa, al mismo tiempo ve el color de la tarde. Son tonos grises que provoca el paso del sol. Piensa en preguntar mejor se detiene. Prende un viejo radio que lo tiene en la parte arriba de los estantes. Busca una estación de radio. Está parada en un banco para alcanzarlo. Entre el ruido de cada estación, escucha llegar a alguien. Voltea, observa a una mujer parada. Fija su mirada en el radio para que la estación se escuche sin distorsión. Se baja del banco.

—Sí, diga, qué le doy —dice, se da cuenta que no hay nadie. Se asoma para ver al hombre pero está solo el lugar. Asustada sale a la calle. Piensa que le han hecho una broma de mal gusto. La gente pasa sin tomarla en cuenta. Busca a la mujer y al hombre por todas partes, no los encuentra. Alguien pasa y le pregunta: —Oiga, ¿ha visto a una mujer alta, con vestido azul? La contestación es negativa. Descubre que se alejó demasiado de su local. No se dio cuenta de todo lo que caminó. Rápido regresa. Está sola la tienda.

Al entrar, detrás de ella escucha el grito de su amiga fuertemente. Brinca de susto, gira, la ve con enojo. Se queda parada sin decir nada.

—Amiga, ¿qué tienes? Parece que viste al fantasma, o ¿se metieron a robar?

—No, nada de eso. Estoy bien. Solo que...

—¿Qué tienes? Ahora no hay nadie. Mucho menos quien se exprese de esa mujer. Mírate, eres fuerte de carácter y ahora no sabes ni que decir. Eso déjalo a mí que por todo lloro.

Llega un cliente, pide un artículo. La persona se va con lo requerido. Llega un muchacho, es atendido.

—Aquí estuvo, ella estuvo en mi tienda.

—¿Quién? ¿Quién es ella?

—¿Te acuerdas? Nosotras éramos niñas. Toda una vida aquí. Conocimos a mucha gente.

—Sí, y los que se han ido. Amiga, qué sucede.

—La mujer ésa que tanto comentan. Parada ahí donde estás, como cinco minutos quieta, me observó con toda tranquilidad.

—La mujer. Esa mujer de aquellos días. La que robaba el dinero a los borrachos y... ¿se metió con medio pueblo?

—Sí, ella misma, cómo la odio —dijo la vendedora, recargada en su mostrador. Las dos mujeres con recuerdos de infancia y de enojo. Fue una prostituta galante, tuvo una relación cercana con el que empezó la tienda. Y por la vida que llevaron los dos fallecieron. Hoy la que lleva el control del local es la hija única del dueño.

SUJETADO A ESTE LUGAR

A modo de introducción.

Hay una persona en el pueblo, vive sola. Su casa es una de las más grandes. Cada mes recibe ayuda de un desconocido para el pueblo. Sale a la calle para lo necesario. De él tengo que hablar. De las pocas veces que es visto caminar, dice: Que está convertido en un objeto. Trataré de presentarlo. No sé su nombre, es un hombre joven. Siempre sale despeinado, algunas veces camina con vestido de mujer. Otras veces pasea con una silla de ruedas.

Lo que escuché.

¿Y cuánto tardaste?

—Como... ¿media hora? Apenas me estaba acomodando en el asiento cuando una voz del techo dijo: Próxima estación: Juvenal. Qué feo nombre le pusieron.

—Sí, hombre, ¿Por qué le cambian el nombre? Ah, para nombre.

Ahora soy el árbol

De los pocos del lugar: la otra noche vi pasar mucha gente, a todos les hablé, nadie me contestó. Unos acompañados, otros solitarios. Por más fuerte que les grité, sólo recibieron mi viento. Ellos siguen su camino. Voltearon y me maldijeron. Sólo pido agua para protegerlos.

Soy un pájaro

Salí a caminar y no pude caminar. Me quedé en un solo lugar por mucho tiempo, sin que se dieran cuenta. Vi lo mismo que todos. Quiero ayudar, nadie me toma en cuenta, es más no me han visto. ¿O ya se percataron que estoy a su lado?

El carro

Solitario. Sus llantas quemadas por el sol. No se diga el toldo. Pobre, todo el día es ignorado a media calle. De muy madrugada, a su lado pasó rápidamente el viento y solo para decir: —Carro, no estés solo, mañana te acompañará el solecito.

Soy un arco

No sirvo para nada, todos pasan y vuelven a pasar debajo de mí. Algunos pocos me señalan, otros me ignoran. Tengo letras pegadas con fierros. Hay una T y una G y otras más. ¿A quién se le ocurrieron las letras? ¿Para qué las tengo? Letras.

Soy un foco

Alumbro aun de día. El sol me acompaña y platicamos. ¿Quién brilla más? Claro, él siempre gana. En las tardes se va y conoce el mundo, y yo sigo sujetado en este solitario lugar.

La banca del parque

¿A quién no conozco? A todos. Pocos son desconocidos: me visitan, platican, lloran, dicen secretos, otros hablan solos. Las noches son eternas para mí. Solitario con frío. A todos espero, nadie llega. El pueblo duerme, al día siguiente llegan con su cabello blanco.

Soy la ventana

Algunos ven a través de mí. Ponen sus manos alrededor de sus ojos para ver adentro. ¿Pero qué hay? Sólo un aparato que despunta luces y forma imágenes, a la vez es ruidoso. Es lo que quieren ver. No les interesa lo decorativa que estoy y mi acompañante, la maceta sin planta.

Soy una flor

Saludo a todos, claro, no me escuchan. Dependo de un recipiente de barro, también de tierra. El viento hace que tenga movimiento. Los albergo con mi aroma. Pero nadie, nadie recibe mi fragancia, Veloces salen con lo comprado. En los amaneceres felices, soy aniquilado por una colilla de cigarro.

Soy un tenis

Por primera vez, sin desearlo vuelo. Todo es diferente desde esta altura. Soy empujado, tomo una gran velocidad. El viento en mi cuerpo. No tengo idea a donde voy a

caer. Por mucho tiempo estuve abandonado en la calle. Soy un tenis roto, pateado por un agresivo tenis.

La tienda

Todos me visitan. Bien los conozco. De cremería, bebidas, frutas, legumbres y mucho más, se llevan de mí. Poco dura su instancia, solteros, matrimonios, amantes, alcoholizados, jóvenes, extraños, hurtadores. Todos mis objetos están por todo el poblado, mientras, me quedo aquí.

El niño

Ayer vi pelear a todo el poblado. Contra hombres uniformados de azul. Quise ayudar, no pude llegar con ellos. Mi casa también pudo ser hospital. Nadie se acordó de ella. Grité mucho, no me entienden, no soy tomado en cuenta. Tengo una bomba debajo de la cama.

Soy la parada de los autobuses

La banca y yo platicamos todo el tiempo. Tiene pocos días que no responde. ¿De qué hablamos? No recuerdo. O ¿tengo qué aclarar algo?

La guitarra

Alguien toca las cuerdas de una guitarra. Desde aquí se escucha que está aprendiendo. La gente pasa sin percibir. Sigo atento. Se escucha un tono, al siguiente, un medio tono. Después dos tonos, un medio. Tres un cuarto de tono. Se repite. ¿Es lo que escucho? No sé de música. O es mi dolor de cabeza. Jaqueca.

Martillo

Distraído dueño me olvidó. Soy el martillo que le sirvió en sus labores. Una persona me encontró. No sé la causa de esconderme. Le grité: Sí, contigo me voy y te ayudo con tus quehaceres. Una señora pasó y me agarró, qué bien me ocultó.

Ahora soy el grafiti

Ayer pasó un dibujante. Me observó hasta el último detalle. No sé qué tanto buscaba entre mis colores. Y las líneas de expresión. Da tres pasos hacia atrás, luego para los lados. Se alejaba, se acercaba. Él colocó colores tristes, al otro muro. Mejor dancemos a su ritmo alegre.

Ahora soy el teléfono público

Éramos muchos, en cada esquina hacíamos nuestra actividad. Algunos habitantes del pueblo venían con nosotros. Aquí platicaban de todo. Ahora soy el único en este lugar. Y de mí sujetan sus lazos para poner su lona. Hoy en día sólo escucho: ¡de a cinco, de a cinco pesitos!

El carpintero

Y no sé cómo lo transformó, soy demasiado distraído. Llevó a su casa madera de distintos formas y tamaños. Ahí enfrente de la puerta de su casa trabajó. Desde aquí sólo observo. En dos días, o ¿tres días? Pierdo la noción del tiempo.

En la pulquería

De aquí salen mareados, otros se quedan sentados al costado de la entrada por varias horas. Nadie los espera en casa. O no tendrán casa. Aquí son bienvenidos todos. Beben tranquilos. Platican con desconocidos y con camaradas. De aperitivo: patas de cerdo a la vinagreta. De botana: cacahuates y caracoles. El pulquero los observa, él no tiene quien lo escuche.

Soy el astrónomo

En la noche está sentado en algún lugar de su patio. La luna y las estrellas están arriba de la localidad. Pronuncia algunas palabras, apenas se le entiende lo que dice. Él cuenta las estrellas. Y por ver muchos animalitos en su pie desnudo, pierde la numeración.

Soy el reloj

Un segundo, dos segundos. En el silencio del pueblo, soy el único que se escucha en la sala de alguna casa. Estoy atrapado en la pared. Normalmente nadie me toma en cuenta.

Pero cuando se acuerdan de mí soy insultado. ¡Detente! ¡No avances! ¡Vas demasiado rápido! Hago mi labor mientras platico con mi compañero. Él me empuja para seguir con tres, cuatro, cinco segundos.

La imagen religiosa

Desde aquí se ve muy chico el pueblo. Conozco a todos. Todos me ignoran. Cuido del pueblo. Cansado estoy. Calores y fríos soporto. Los únicos que cuidan de mí son ancianos. Preocupado estoy, cuando ya no estén ellos. Hoy en día los del pueblo caminan, distraídos con un objeto en mano, el cual hace que se olviden de mí.

El cuidador

Corrí para ver dónde se esconde el animalito. Por más que lo busco no lo encuentro. Vuelvo a cerrar la puerta, hago lo mismo otra vez. Tiene buen escondite. No es uno, son varios los que armonizan la casa. Quiero alimentarlos para que tengan más ánimos. ¿Quién me dice lo que come un grillo?

TRES GALLINAS

POÉTICA

Soy nativo de la Ciudad de México. Entre algunas experiencias que se viven en la metrópoli, son cambios sociales. Se encuentran personajes que acoge esta capital y son quienes me interesan para este texto. Ellos llegan de diversos estados de la república mexicana. En busca de una estabilidad económica, no encontrada en su lugar de origen, desde su propia comunidad empiezan su odisea. Es gente que camina en las ciudades en busca de nuevos objetivos. Para una mejor calidad de vida. Son ellos mismos quienes dan a conocer historias y son inspiradores de las mismas.

Así, la escritura ayuda para crear relatos reales o ficticios. Tanto los individuos como las comunidades de diferentes lugares de México favorecen para iniciar historias, por sus usos y costumbres. Además de sus ocurrencias vividas y su forma de expresarse en la vida diaria. Contada por los mismos personajes que vagan por las calles.

Estos cuentos reunidos son imaginados desde la ventanilla de un camión foráneo mientras avanza hacia un viaje al interior de la república. De viaje a la provincia. Paisajes que muestra la propia naturaleza. Campos húmedos o secos. Montañas, barrancas o algún río. Diversos lugares que se conocen desde el asiento. Lo que más interesa son: las casas alejadas una de otra y las propias comunidades. Al momento da la impresión de que están solitarias, pero no lo están. Ahí se encuentran personajes que realizan su vida cotidiana en estos lugares. Sin necesidad de salir de ellos.

El capitalino, como los personajes que se mencionan, también escapa de su lugar de comodidad. Para algunos pocos viajeros son de interés para la creación. Como es evidente, se conocen nuevos lugares, su historia local y nacional. Contados son los que tienen su interés para otro propósito. Tienen otro punto de vista, otra mirada, con los nuevos rincones que son visitados. Estas observaciones se traducen en historias, percibidas desde el asiento de un camión para conocer los modos de las personas que son vistas por única vez.

La comunidad ideada se encuentra en el Estado de México. Es una aproximación desde la propia ciudad de sus posibles: sus historias, sus personajes, sus actividades. Lugares quizá apartados de todos, pero tienen sus propias normas de convivencia. Por el ayuntamiento o por los mismos habitantes. Se inventa sin haber convivido en regiones como la que se

presenta. Esta comunidad primeramente tiene casas alejadas una de otra. Por lo que la descripción configura el espacio.

El libro *El espacio de la ficción*¹ nos introduce en la narrativa, a partir de un lugar donde se encuentra un mundo ficcional. Entre otros temas de mucho interés. Y donde interesa para este texto. Son las obras sin referencia real (extratextual), sus nombres no remiten a una entidad existente. Estos son: el Macondo de García Márquez, Las *Historias de Lontananza* de David Toscana, *La Frontera de cristal* de Carlos Fuentes. Entre otras más, creadas por escritores.

Para acercarnos a este tipo de obras, “La ciudad” es un ejemplo descriptivo. Como un sistema de contigüidades obligadas. Constituido por todas las “partes”. Obliga, al desarrollarse, una actualización descriptiva de sus partes: calles, casas, edificios, monumentos, jardines, museos, etc. A su vez cada una de estas partes designadas, es un tema descriptivo de otro desarrollo (“jardín” obliga a la descripción de prados, árboles, flores, fuentes, etc. Así, a su vez, pasan a otros temas descriptivos).

En cada cuento son los mismos personajes quienes describen la comunidad recreada. Presentan un arco, los cambios que ha sufrido la comunidad con el paso del tiempo, la llegada de un tren rápido, la tienda y un parque. En la segunda parte se presentan los pequeños objetos del lugar. Al terminar los cuentos y de leer teoría literaria conozco estas categorías de la narrativa moderna.

Para escoger el nombre del pueblo fue difícil. Primero decidí que fuera en el Estado de México. Por la cercanía con la Ciudad de México. Dado que son lugares solitarios, con pocos habitantes, entre una casa y otra hay mucha separación. Su escuela, la iglesia, el mercado, el ayuntamiento están muy alejados entre sí. Es el campo lo que se observa más. Cuántos animales tendrán los habitantes. ¿Tres o dos? ¿Pero qué animales tendrán? Gatos, perros, caballos, asnos, aves, no lo sé, quizá gallinas. Lo que más se notan son los animales que ayudan al trabajo. Opté por las gallinas, las que andan sueltas por dondequiera. Y creo que es lo más común que tienen en esas localidades.

Es un territorio pequeño, en su alrededor es campo seco, en algunos lugares alejados se puede sembrar. Las casas son humildes de un solo nivel. Algunos terrenos, los que ya están

¹ Pimentel, Luz Aurora. *El espacio en la ficción*. México: Siglo XXI, UNAM, 2010.

ocupados, son muy grandes. Los mismos habitantes los limitan con piedras apiladas. Las casas quedan separadas una de otra. Los habitantes trabajan en el campo, otros van a municipios cercanos y se ocupan en labores de bajos sueldos. La mayoría con escolaridad primaria, los pocos adultos no tienen ese nivel. Su religión es católica, sin embargo, no hay una iglesia inmediata a ellos. Los servicios como el mercado, las escuelas, el hospital, el ayuntamiento, entre otros más, están muy alejados uno del otro.

Todo ocurre en la época moderna. En las historias se perciben instrumentos modernos, como son los teléfonos celulares, el Metro de la Ciudad de México es parte de un diálogo. En un cuento se trata de la construcción de un tren rápido de la Ciudad de México hacia Toluca, Estado de México. Hay cambios en la urbanidad, con el paso del tiempo llegan a estos lugares.

ESCRIBIR UN CUENTO

El cuento como género literario nace de la creatividad que tiene el ser humano de inventar e imaginar. Cuando se relata, estamos narrando, es como nace el cuento. Y ¿por qué escribo cuentos? Parten de una necesidad natural. De situaciones que se vive en la vida diaria, familiares, laborales y en las relaciones sociales. De los lugares que se frecuenta comúnmente. Hay sentimientos propios que se generan por los caminos que se recorren. Que no pueden ser escuchados por una segunda persona o no hay con quién recurrir para solucionar esos problemas internos que algunas veces son molestos. Es por eso, con el paso del tiempo empiezo a crear algunos cuentos que me han servido como terapia.

Cómo empiezo la escribir un cuento. ¿En qué pienso desde un inicio? Son los personajes quienes llevan su propio camino. Son ellos quienes toman parte de la escritura. Es decir: cada escritor tiene su propio modo de creación. Algunos proponen empezar con la anécdota, o arrancar con algo ya ideado (Inicio, Nudo, Desenlace), desde un principio. Porque se puede perder la historia mientras se avanza. En mi posición, en cada cuento, en lo primero que pienso es el personaje principal.

Por ejemplo, en el primer cuento el personaje es Ezequiel. Y es un hombre maduro que regresa a su pueblo, se encuentra sentado en alguna banca de la central camionera. Es como empiezo el cuento. Aún desconozco el desarrollo, quizá el nudo. Ezequiel es quien dirige su propia historia. Yo escribo como si él mismo me llevara en su propio mundo de

ficción. Hay momentos que dejo de escribir para hacer otras actividades, y la voz del personaje me sugiere que puede tomar el relato por otro camino sin haberlo planeado desde un principio. Algunas veces deshacer lo avanzado. Y tomar otra historia sin haberlo planeado.

Por otra parte, en la construcción del cuento de “Cambios en la Comunidad” no hay nudo, y es la parte con mayor significación. En las características de cuento, se encuentra: el inicio, el nudo y el desenlace. En este caso no se presenta con esta construcción. Y da la impresión de un capítulo de una novela.

El primer cuento se llama “Miradas Entrelazadas”. El personaje principal se llama Ezequiel. Es un hombre maduro, de provincia, de cincuenta años. Toda su vida trabajó en la ciudad. Escojo este personaje que regresa a su lugar de origen. Nunca hizo el intento de visitar a su familia desde que salió de casa joven. Y es precisamente en una terminal de autobuses donde empieza el relato. Es la primera vez que se encuentra en un lugar como éste. Hay incertidumbre, al saber que va de regreso.

Es como empiezo el primer cuento. Como ciertas personas que salen de su comunidad y se aventuran a otro tipo de vida. Sin tener alguna experiencia laboral o de estudio. Y cuando deciden regresar, no saben cómo va a ser el encuentro con su familia.

Es un narrador omnisciente, en tercera persona. Desde el lugar donde se encuentra todo observa. La narración es lineal, no hay saltos en el tiempo, es en tiempo presente. Ezequiel es un hombre de características robusto, pueblerino, sin estudios. En la Ciudad de México, desde que llegó, se dedicó al trabajo de la construcción.

El cuento trata de Ezequiel, un hombre maduro. Está en la central de autobuses en espera de su salida. Ahí tiene una pequeña plática con una muchacha y su bebé. Al abordar y mientras avanza, Ezequiel no reconoce el lugar donde tiene que descender del camión, pregunta con los pasajeros. Entre ellos va la señora joven que conoció en la central de autobuses.

Al reconocer casas y alguna que otra cosa que anteriormente se encontraban, se entusiasma. Poco a poco se acerca a la casa de su infancia. Los lugareños le ayudan a reconocer y algunos pasajeros del camión también. En la casa hay fiesta, durante el día llegará más familia y conocidos. Ezequiel y su hermana mayor tienen una plática; sus padres estuvieron enojados por dejar a su familia siendo niño. Hoy Ezequiel quiere quedarse con sus

hermanos. Pero su hermana está molesta. Mantiene la preocupación, el coraje de no ver a su hermano.

El segundo cuento se llama “Cambios en la Comunidad”. El personaje principal es José, un joven de la capital, con estudios de preparatoria. Es un narrador omnisciente. Es en tiempo presente, no obstante, recurre a recuerdos. Hay un personaje secundario, Don Sebastián, es el primero que hace notar los trabajos avanzados para una nueva apariencia del ayuntamiento. Él es un hombre maduro, toda su vida ha vivido en este municipio. Y Martha, novia de José. Ella nació en el Estado de México. Con estudios de secundaria terminada. Los jóvenes tienen la edad de veinticinco años. Tienen tiempo de conocerse.

En esta ocasión, la mayor parte es diálogo, un elemento narrativo, el cual muestra tanto a los personajes como los cambios. La narración es lineal, el personaje principal llega en busca de su novia después de no verla. Sin embargo, no hay nudo, el cual es una de las principales características del cuento. Por lo que el desarrollo del problema del conflicto es el que permite el hilo de la historia. En este caso se opta por seguir la anécdota principal. La visita del joven con el propósito que lleva planeado con Martha. En un principio pensé en hacer un ejercicio narrativo. Algo diferente, que sólo fluya el diálogo entre los dos personajes. Sin que llegue el nudo de la historia. Un cuento, por decir, donde no pase nada. Y el final es la respuesta de la duda del personaje principal.

Es José quien llega de la capital, está en la parada de la autopista reconociendo el lugar, que es diferente. Ahí conoce a Don Sebastián, hacen plática sobre los cambios que tiene el ayuntamiento, José bien se da cuenta, la última vez que estuvo aquí era diferente. El señor maduro le invita ir a la pulquería. En el camino le hace notar los avances de mejoramiento.

José llega para visitar a su novia Martha. Ella se sorprende en verlo, no lo esperaba en este día. Así que esta noche, José duerme en la sala de su novia. Al siguiente día, caminan para reconocer los nuevos colores del lugar. Y es en el parque donde José le pide matrimonio a Martha.

A continuación se presenta “Yo no hice nada”. Es Tomás trepado en una bicicleta, el primer personaje que aparece en esta historia. Un joven de veinte años. Actualmente no tiene trabajo. Se dedica a despojar de sus bienes a la gente. Por lo que, no es un muchacho de bien. De familia de nivel medio. El segundo personaje, Chucho. Su edad es de veinticinco

años. Son jóvenes que se sienten satisfechos con este tipo de vida. Los dos son de la Ciudad de México. Por el mismo modo de actividad común se conocieron. Los personajes no saben de su futuro. Mientras avanza la historia hay dificultades con la justicia. Es un cuento lineal. El tiempo es presente. Ambiente de provincia.

El narrador es en tercera persona, por afuera. Mientras avanza la historia, es a Tomás quien le ocurren sucesos imprevistos. Hay diálogos para introducir a los personajes secundarios...

Un relato sobre un joven capitalino en busca de distracción, lejos de la Ciudad de México. En la central camionera de la capital, tomó un autobús hacia Toluca, Estado de México. Después en el transcurso del viaje, al darse cuenta de que una familia descendía del autobús, él sin pensarlo bajó junto con ellos. Y escogió este poblado. El joven renta un cuarto en el lugar. Descubre que un amigo también se encuentra en el mismo punto. Y lo sigue la justicia.

Las festividades en provincia son alegres, esta historia nos acerca a una. Los organizadores en esta ocasión pensaron en este lugar para su realización. La historia se llama “Arpa de las Luces”. En este cuento hay un narrador en primera persona, es la imagen. Desde la posición donde se encuentra, observa lo que ocurre en el lugar. Se encuentra un narrador en tercera persona, quien presenta a los personajes, éstos son los organizadores del evento. Los músicos, quienes caminan entre los escenarios, son presentados con el nombre del instrumento que ejecutan.

Un festival de música folclórica mexicana. El ritmo que predomina es el ritmo de la zona conocida como la Huasteca. En lo primero que pensé, es en un bulto religioso. En ciertas fachadas de casas se encuentran un pequeño espacio para este tipo de imágenes. Por lo que fiesta es vista desde lo alto.

Hoy más que nunca, reina alegría en la comunidad, por primera vez y quizá sea la única vez, llega una festividad que nadie esperaba, viene gente de muchos lugares. Algunos pobladores dicen que el santo los protege y no es adorado, mucho menos en este día tan especial. Hay música y baile. Muchos no esperaban este acontecimiento. Nadie se ha dado cuenta de que quien los protege se ha encelado.

Hay momentos de cambios sociales para un bien o para mal, según sea, en los estados de la república mexicana. A la vez se realizan las inconformidades de los pobladores.

En las comunidades, los habitantes son los únicos que saben de sus necesidades locales. Para el campo o para llevar una vida digna. Pero el ayuntamiento es lo que menos piensa. Esta historia se llama “El primer enfrentamiento”, en dos capítulos.

En el primer capítulo, Don Sebastián es el personaje principal, y Mauricio el mayor de tres hermanos. Son quienes llevan la trama. Hay un personaje, lo he llamado “Los Azules”, evidentemente es la policía municipal, quien es el antagonista Y las voces del pueblo como personaje ambiental. El narrador es en tercera persona, omnisciente, presenta una revuelta en el lugar.

La segunda parte del cuento “El primer enfrentamiento”. En su mayor parte es una descripción de la obra que acaba de ser inaugurada y un pueblo rendido. En la parte final hay preguntas de la comunidad.

“El primer enfrentamiento” Es la construcción de un tren rápido. De la Ciudad de México hacia Toluca, Estado de México. Los pobladores al darse cuenta de que el ayuntamiento va a hacer una construcción en su localidad, se organizan para hacer frente, parar las obras y desviar los camiones de las constructoras.

El grupo de Don Sebastián y Mauricio es muy pequeño, superado por los azules. Fácilmente siguen con el levantamiento de una nueva estación en su territorio. Cuando el ayuntamiento termina. El pueblo sigue con su reclamo de no ser tomados en cuenta. Ellos quieren otro tipo de ayuda. Para el campo, para la educación de sus hijos, un mejor salario. La pregunta es, ¿para qué quiero ir a México? Si no tengo dinero.

Las pláticas en los parques son interesantes, son más interesantes si son de personas de la tercera edad. En el cuento “El color de los sueños y los seguidores”, los personajes son dos ancianos, uno de sesenta y el otro de noventa años. También hay personajes ambientales. Todo sucede en una tarde que se transforma en noche. En esta oportunidad tomé sus edades como nombre propio. Dos amigos comunes, que se encuentran en los atardeceres, para tener una distracción.

La mayor parte es diálogo, lo utilizo para que los mismos personajes describan lo que sucede en su alrededor y sus sentimientos personales. Desde el lugar donde observan es un narrador omnisciente, aunque son personas mayores están alertas de lo que acontece. Hay un personaje extra, enfrente de ellos y hay una impresión que en cualquier momento va a tener un diálogo con ellos, pero no es así.

Los personajes se encuentran en el parque y mientras platican sobre sus sueños, ven pasar demasiada gente enfrente de ellos. Ven pasar a sus vecinos que ya tenían tiempo en no verlos y gente que nunca habían visto. Hacen comentarios de ellos. Hacen preguntas sobre sus sueños, de los recurrentes, sin son en blanco o negro. Se cuentan sus sueños. Qué se ve en el espejo cuando están enfrente de él. La plática de esta tarde es como si estuvieran soñando. Se despiden y el mayor se va su casa a dormir.

En el tema del siguiente cuento, es una pregunta. “¿Juegas o trabajas?” Trata del trabajo infantil. No es un cuento de juegos infantiles, sino todo lo contrario. Ezequiel es el primer personaje que aparece, después es Jonathan es el más grande y Margarito. Son niños entre ocho y diez años, quienes se conocen desde pequeños. Son de las familias más pobres de la comunidad. Entre ellos platican sus vivencias diarias.

Los diálogos son muy largos, por lo que los personajes comentan sus sentimientos actuales. Como niños tienen mucho que decir. Es un cuento con valor social. Es un narrador en tercera persona, por fuera de la historia. Como avanza la historia, Ezequiel conoce la historia de sus dos amigos de juegos.

Es enfrente de la casa de Ezequiel, donde se reúnen en las tardes para jugar. Y es él mismo quien se da cuenta, que sus amigos, no quieren participar en sus ocurrencias infantiles. Es Jonathan quien empieza a dar sus motivos por lo que no quiere jugar. Ya llega cansado, molesto de una mañana acareada. Margarito por lo mismo también llega sin ganas de jugar.

Es Jonathan y Margarito, quien hace de su conocimiento a Ezequiel, trabajan para un señor, cargan bolsas para una camioneta desde muy temprano. Y sus cuerpos ya terminan lastimados de lo pesado que es la faena.

Ezequiel preocupado por sus amigos, va con su madre, para que los cure de las dolencias de sus cuerpos. Los quiere ver sanos para que sigan con sus juegos.

El siguiente cuento se llama “Vengo de lejos”. El primer personaje en aparecer es Ernesto, un niño de nueve años. Es muy inquieto, le interesa leer los libros de sus hermanos. Es muy sociable. Después aparece una joven que da catequismo, ella de veintisiete años, no es de la comunidad. Nadie conoce de sus conocimientos de catequismo, los padres de los niños tienen pocos meses en conocerla. Ella también es una lectora.

El narrador es en tercera persona, por afuera.

Ernesto por leer un libro se le hace tarde para llegar a su clase de catecismo. En el parque se encuentra una joven con un grupo de niños. Ernesto se integra al grupo. Al terminar la clase, le enseña el libro de su hermana a la catequista. Ella lo lee con tranquilidad, sin darse cuenta del paso del tiempo, el niño a su lado. Los dos comentan sobre un cuento del libro. Ya estando en la parada de la autopista. Ella le dice que gracias a ese libro es catequista y se salió de casa para viajar en distintos lugares del Estado de México. Llega la tarde noche, y se dan cuenta que vienen molestos los padres de Ernesto. Ellos piensan que se va a llevar al niño.

El siguiente cuento está situado en la tienda de la comunidad. Se llama “La señora de la tienda”. El personaje principal es la dueña del local, ella conoce casi a toda la comunidad. Es una mujer madura. Hay otra mujer, su clienta, otras veces va a visitarla. Son conocidas desde que son jóvenes. Son de la misma edad. Por la estructura de la historia no tienen un nombre de mujer, como tiene que ser. También se encuentran las voces de los clientes.

El narrador es en tercera persona por afuera. Como avanzan los comentarios, la dueña de la tienda conoce la historia de sus clientes. Y es quien conduce la historia que se va construyendo.

Afuera de la tienda llegan los lugareños a consumir bebidas alcohólicas. Y comentan sobre una mujer que camina entre las casas. Ellos la describen como una mujer guapa y de buen cuerpo. Pero al acercarse a ella, camina de prisa y se desaparece. La tendera de la tienda, al escuchar los comentarios de los hombres y de la forma en que se expresan de ella, de su cuerpo bien formado, de cierta forma se pone celosa de ellos. Ella y una clienta de confianza que tiene, se ponen a indagar de esa mujer que tiene distraídos a los hombres.

En una tarde sin esperarla, ve a la mujer por unos cuantos minutos en su local, apenas la reconoce y la recuerda de cuando era joven, la conoció como una mujer de la vida alegre.

CONCLUSIONES

Al principio, al escuchar el sonido del motor y sentir el empujón del avance del autobús. Junto con los paisajes que se quedan en el recuerdo y con el tiempo se desvanecen. Son el inicio de esta aventura de escribir. En el transcurso de la carretera, los pasajeros van a visitar

a sus familiares o viajan de placer. Aprovecho esa duración dentro del foráneo para la creación.

De regreso traigo conmigo algunas historias. Para ser compartidas y ahora están reunidas. Transformados en cuentos. Se encuentran pocos lectores con buenos comentarios. Desde las propias historias, hasta el nombre principal. Al mismo tiempo hicieron que me diera cuenta de que existen pueblos inventados por grandes escritores. Y se abrió un gran campo de conocimiento. Exclusivamente en la parte de teoría literaria. Se encuentran características propias de un espacio en la ficción. Las cuales, anteriormente las desconocía. Las formas para crear un lugar sin referencia real.

El título principal “Tres Gallinas” llamó mucho la atención. Fue difícil tomar el nombre del pueblo, por el contexto que carga (De agachados). Siempre hice a un lado ese mote. Hubo alguien que me hizo saber que estaba bien acertado este nombre y lo mantuve.

Hay cuentos que no tienen nudo. Son extremadamente lineales. Al escribir, en realidad no me daba cuenta, en lo que estaba realizando. Al no tener nudo, pareciera que es escrito por una persona que apenas conoce las características del cuento. Al pasar el tiempo y retomar estos cuentos mencionados, me doy cuenta de lo incompletos que se encuentran. Pero es parte de este tipo de cuentos pueblerinos. (Cuentos Integrados).

Mientras se avanza en la creación de nuevos cuentos, hay que recibir los buenos o los malos comentarios. Al principio es difícil recibir los errores propios. Creemos que hay un buen avance propio pero no es así. Ayuda mucho aceptar y darse cuenta de que los textos; tienen confusiones en la lectura u ortográficos. Claro está que se aprende mucho, de escribir y escribir y de leer.

Los cuentos tienen su grado de dificultad, con los comentarios de nuestros lectores, se puede mejorar el propio estilo de escritura. Con estos cuentos, es el inicio de nuevos caminos. Que nos lleven a diferentes lugares. Y conocer nuevos poblados o ciudades ficticias. Desde nuestro propio ambiente que nos rodea. Y lo que nos hace falta por conocer del espacio que se nos dio para la creación.

SEGUNDA PARTE: SUJETADO A ESTE LUGAR

Al final de la obra, en una segunda parte, propongo una serie de minificciones donde se presentan varios objetos, un personaje y seres animados. Situaciones en la vida diaria que

pasan desapercibidos. No son vistos en el momento en que ocurre, sino que uno tiene que darles vida. Caminamos aprisa, corremos para lograr nuestros objetivos personales. Éstos son la calle, alguna casa o una tienda. A la vez, es la forma en que expreso mis impresiones de viajante.

Los objetos inertes se encuentran en cualquier lugar. Inmóviles en el espacio que ocupan. No tienen voluntad propia, hasta que son empujados, por algo que pueda cambiarlos de posición. Es la oportunidad de la escritura, quien puede dar ese movimiento o que tenga percepción, algo que nunca tuvo o tendrá.

Así como son piezas pequeñas, anclados a un lugar, hay una historia y ésta tiene que ser contada. Los objetos de tamaño grande, sus historias son también mínimas. Son pocos los que ponen su atención a estos entornos que nos rodean en la vida cotidiana. Quizá sea el mismo diseño de la situación en que le prestemos su atención, para que intuitivamente se realice un pequeño desarrollo creativo y darle vida.

La minificción es un relato corto conciso. Puede ser creado de un hecho real o imaginario. Esto es, un cuento sin introducción, mucho menos acción, sin desenlace. Lo que importa es la prosa sencilla, cuidada y precisa. Utiliza el humor, la paradoja, la ironía y la sátira. Según Lauro Zavala surgió a principios del siglo XX y sus raíces se encuentran en las vanguardias. La extensión puede ser desde una hoja hasta dos líneas.

Pero desde donde arranco para dar fuerza a ese objeto que no tiene vida propia. Desde mi modo personal de observar el entorno en que me encuentro. Me enfoco en lo más pequeño de lo que coincida en el instante dado. Y es él mismo quien hace que volteé a ver. Además de los elementos que lo acompaña. Pueden ser unos cuantos minutos o estén siempre juntos. Una ventana de ejemplo puede estar acompañada de una maceta sin alguna planta y me imagino que tienen una plática diaria. La misma ventana, por el viento, puede que llegue algún objeto y se quede atorado en ella, al caminar descubro esa situación. Más adelante pienso que ese objeto fue de visita, porque al regreso de mi andar ya no se encuentra, fue retirado del lugar.

Siempre trato de mantener dos objetos en mente, sin embargo, puede ser uno. Ventana y maceta. Ventana y puede ser otro elemento. Y sólo uno es el personaje principal, quien por un instante se le da vida. No hay alguna igualdad entre los dos, todo lo contrario.

Cuando recrean la historia, se unen como si fuera uno, sucede en un lugar fijo. Por la brevedad, el personaje se mantiene fijo.

Es una situación, como ya se dijo, que pasa de desapercibido. Se puede observar los objetos el tiempo necesario. La imaginación empieza a unir los elementos necesarios. Y se convierte en una minificción. Según el caso, también puede ser parte de una pintura o una fotografía.

Dado que son parte de la historia del pueblo de *Tres Gallinas*. Son contextos que son olvidados en una historia. O conforman parte de un adorno. Es en esta segunda parte donde tienen una notable participación. Me interesa mucho en la parte de creación propia. Cada escritor tiene su propia manera de ordenar sus cuentos y no es usual que acompañen sus historias con la brevedad dentro de su obra creativa.

Los incluyo como un ejercicio literario. Estos elementos siempre se encuentran en un lugar fijo. En la parte creativa toman la figura de personaje y son parte de este lugar ideado. Los lugareños tienen su propia vida común. Se trasladan para hacer su vida diaria y mueven esos objetos inertes por un propósito que conocemos o quizá desconocemos. Ellos sin darse cuenta adornan sus terrenos. Dejando cualquier instrumento de trabajo, de cocina, una planta, etcétera. Tanto como lo fijo, como una banca de un parque, un teléfono público, un coche abandonado, además de un foco y entre otros más. Están sujetos a un lugar.

Es como si se pudiera bajar del camión y ver de cerca todos esos objetos que conforman cada parte de los lugares. Siempre me llaman la atención en mi mundo ficcional. Su creador los inventó para un uso especial y por otro lado se origina un breve destello.

Inicio con un pequeño relato a modo de introducción, con él trato de presentar a un personaje que es un lugareño de *Tres Gallinas*. Y forma parte de los títulos que empiezan con “Ahora soy” o “Soy”. Es una persona transformada en objeto. Lo caracterizo por las condiciones de algunos individuos que viven en la calle. De su mente o de sus malas condiciones de vida, tomo esa frase: “Ahora soy un...”

Se les crea vida a esos pesados inmóviles. En esta ocasión, no tendrán movimiento, pero intervienen directamente en los cuentos que se presentan en esta ocasión. Darle voz propia a un árbol que quiere ser escuchado. Cuando pasamos al lado de un árbol no lo tomamos en cuenta. Pero, sin duda, da mucho por nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

Founier Marcos, Celinda. *Análisis literario*. México: Cengage Learning, 2013.

Fuentes, Carlos. *Frontera de cristal. Una novela en nueve cuentos*. México: Alfaguara, 2005.

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. México: Diana, 2004.

Pimentel, Luz Aurora. *El espacio en la ficción*. México: Siglo XXI, UNAM, 2010.

Toscana, David. *Historias del lontananza*. México: Joaquín Mortiz, 1996.